

EDICIONES
BISTAGNE

1 DIA

ANNABELLA
RENE LEFEBVRE
VANDA GREVILLE
un film de
RENE CLAIR

EL MILION



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

EL MILLÓN

Ingeniosísimo asunto, inspirado en la comedia de
BERR Y GUILLEMAUD

Escenario y realización de
RENÉ CLAIR

* *Mercedes Bonet*

PRODUCCIÓN
FILMS SONOROS TOBIS - PARÍS

DISTRIBUCIÓN
SELECCIONES FILMÓFONO

*
Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO

<i>Beatriz</i>	Annabella
<i>Miguel</i>	René Lefebvre
<i>Vanda</i>	Vanda Greville
<i>Papá Tulipán</i>	Paul Ollivier
<i>Próspero</i>	Louis Allibert
<i>Sopranelli</i>	C. Stroesco
<i>La tiple</i>	Odette Talazac
<i>El chofer</i>	Raymond Cordy

EL MILLÓN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Arreciaba el escándalo. Música, cantos inarmónicos, gritos, risas, carreras. Los dos forasteros se revolvían en sus lechos respectivos sin poder conciliar el sueño.

—¿Es que esto no va a acabar nunca? —dijo uno.

—Por lo visto —repuso el otro.

—Pues no puede ser!

—Claro que no!

Saltaron del lecho, salieron a la azotea por la ventana y se asomaron al tragaluz que daba a la estancia donde se producía el escándalo.

Lo que vieron era todavía mucho más de lo que el estrépito les había hecho suponer.

Veinticinco o treinta personas, jóvenes y viejos, de uno y otro sexo, saltaban, vociferaban, corrían.

Se advertía también entre ellas una gran variedad de tipos. Este iba vestido con un viejo chaqué, aquel con un guardapolvo; uno de americana, otro de blusa; no faltaba ese tipo inconfundible de tendero con suerte, ni ese otro de artista con desgracia; se veía también el tipo del borracho harapiento y otro incalificable—acaso un loco escapado del manicomio—que, por toda indumentaria, llevaba unos pantaloncillos de boxeador y un sombrero hongo; calzaba fuertes botas y no llevaba calcetines.

Como entre las mujeres reinaba idéntica diversidad de caracteres e indumentarias, el cuadro, contemplado a media noche por el tragaluces de una buhardilla y teniendo por escenario el estudio de un pintor, resultaba una visión de pesadilla.

Los forasteros se miraron.

—Se trata de un caso de locura colectiva.

—Eso parece.

—Pero no por eso hemos de quedarnos sin dormir.

—Naturalmente.

—Voy a llamarles la atención.

—Acaso no nos oigan.

—Unamos la fuerza de nuestros pulmones.

—Gran idea.

—Pues atención. Cuando yo diga tres lanzamos el grito.

—Conformes.

—A la una, a las dos y a las tres

Y, los dos al mismo tiempo, gritaron:

—Eeeeeéh!

Cesó el estruendo instantáneamente.

Todos levantaron la cabeza.

El loco—es decir, el que lo pa-

recía—se quitó el sombrero hongo con toda ceremonia. El borracho balbuceó unas palabras ininteligibles y cada cual tuvo para el grito una réplica adecuada a su carácter.

En primer término había quedado el individuo que vestía de chaqué. El chaqué era bastante viejo, pero también lo era el que lo llevaba. Había una indefinible simpatía en aquel rostro que terminaba en una fina y blanca barba. Bajo el bigote, también blanco, se dibujaba una sonrisa un poco infantil y sus ojos estaban animados de una brillante vivacidad.

Cuando cada cual había dicho lo suyo, él inquirió:

—¿Qué desean de nosotros, señores?

—Poca cosa—repuso uno de los viajeros—: que nos dejen dormir.

—Oh! ¿Quién habla de dormir esta noche?

—Yo.

—Si usted supiera lo que ha pasado no diría eso.

—¿Qué me importa a mí lo que ha pasado?

—Si usted lo supiera, le importaría—insistió, convencidísimo, el

viejo del chaqué y de la mirada brillante.

—¡Hombre, tiene gracia! ¿Va usted a saber mejor que yo lo que me interesa?

—Escuche usted. Voy a contárselo y después me dirá si le interesa o no.

—A mí no hay quien me cuente nada a la una de la noche.

—Sólo yo, que voy a tener ese gusto.

—¿Cómo no rendirse ante semejante terquedad?

Los forasteros se miraron. Comprendieron que si se retiraban el escándalo se reanudaría y no podrían dormir. Prefirieron escuchar. Acaso el silencio y la quietud tranquilizara los ánimos de aquellos locos y se retiraran a dormir.

—Está bien, cuente usted.

Y el viejo de la blanca barbita y los ojos vivaces comenzó a contar...

II

Miguel, el pintor, y Próspero, el escultor, tenían su estudio en el piso sexto de la casa contigua a la

fonda. Sabe Dios las cosas que habrían sucedido a Miguel y a Próspero desde que, cada uno procedente de un pueblecito de Francia, llegaron a París con la mente cargada de ilusiones y ávidos de emociones el corazón.

El caso es que un día se encontraron y se conocieron. Se encontraban en una difícil situación y esto estrechó los lazos de amistad que las unieran desde un principio.

Como ninguno de los dos, probablemente, podía pagar el alquiler del estudio que cada uno tenía alquilado, decidieron tomar uno para los dos, lejos del centro de la ciudad y cerca del cielo, no porque tuvieran interés en estudiar la estratosfera, sino porque cuanto más alto estuviera, más barato resultaría.

Se trasladaron a Montmartre. Una de esas viejas casas con veinte viviendas lo menos en cada piso y un laberinto de corredores para poder situar semejante número de puertas de entrada.

Desde entonces hasta el día anterior a aquel en que se hallaban, nada que se saliera de lo corriente había ocurrido en la vida de los

artistas. Bostezaban mucho, trabajaban bastante, comían poco y no ganaban nada.

Un día, Miguel, el pintor, se encontró con una vecina en la escalera. Era una linda muchachita que vestía modestamente y en cuyo rostro había una expresión inconfundible de inocencia. Tenía el pelo castaño, claros, grandes y tranquilos los ojos, fina y graciosa la figura.

Hubo flechazo. A Miguel le interesó desde aquel momento la encantadora criatura. Hizo indagaciones y supo que estaba sola en el mundo y que pertenecía al cuerpo de baile del teatro de la Ópera donde ganaba lo estrictamente necesario para vivir.

Al conocer estos detalles, aumentó su interés por ella. Dos encuentros más, un saludo, y Miguel tuvo que reconocer que se había enamorado de la vecinita. Cuando se enteró de que se llamaba Beatriz se estremeció de entusiasmo y aquel mismo día se lanzó a la conquista consiguiendo una rápida y magnífica victoria, digna de Alejandro Magno.

Desde entonces, a Miguel pare-

ció menos áspera la lucha por la vida.

Otro hecho digno de mención: Miguel tuvo un encargo, un retrato de quinientos francos y con el permiso por parte de la interesada para presentarlo en una exposición. Dinero y propaganda. Eso era muy importante.

¿Cómo había conseguido el encargo? Azares de la vida. Una amistad entablada en la terraza de un café. Ella era inglesa, joven, guapísima, elegante. No precisamente un modelo de virtudes. A lo sumo, modelo de algún pintor. Pero tampoco. Era una mujer de vida inconfesable, mejor dicho—pues no hay que exagerar—, semi-inconfesable.

Se llamaba Vanda. Sin duda Miguel le fué simpático, porque entabló conversación, de mesa a mesa, sin que él lo solicitara. Terminaron por ocupar la misma mesa y cuando Vanda supo que Miguel era pintor, le propuso que le hiciera un retrato. Ella misma habló de las condiciones y convinieron que empezarían al día siguiente.

No hace falta decir que Miguel se puso tan contento como si de

E L M I L L O N

sopetón se hubiera encontrado a la altura del Greco o de Rembrandt.

Le faltó el tiempo para regresar a casa y contarle a Próspero la feliz aventura.

—¡Quinientos francos!

—Pero ¿es posible?

Para Próspero, lo mismo que para Miguel, quinientos francos representaba una suma enorme, algo así como el capital que se necesita para fundar un banco.

—¡Qué compromiso! No tenemos caja de caudales.

—No hace falta—exclamó Miguel con la alegría del que encuentra la solución de un difícil problema—. La portera, el casero, la lechera, el carnícero, el peluquero, el dueño de la bodega, la dueña de la tienda de ultramarinos, etc. etc., se encargarán de evitarnos esa preocupación.

—¡Es verdad! Y más que tuviéramos.

—Pero así volveremos a tener crédito para un par de meses y nos dejarán tranquilos.

—Tienes razón. ¡Qué verdad es que todo tiene remedio en esta vida!

—Pero oye. Para no decepcionarla se me ha ocurrido un plan. Tú pasarás por mi criado. Te pondrás un mandil y le abrirás la puerta. Me llamarás “el señor” y soportarás que te trate despóticamente.

El semblante de Próspero había ido ensombreciéndose. Cuando oyó lo del despotismo, el ensombrecimiento adquirió la intensidad del interior de un túnel.

—Eso lo va a hacer tu tío—dijo dignamente.

—Pero hombre...

—Pero ¡cuerno!

—Oye, Próspero. Comprende que si Vanda se entera de que somos unos pelagatos, desconfiará de mi arte y se irá a casa del fotógrafo.

—¿Es que no hay otro medio de disimular la “pelagatz”?

—Ninguno.

Próspero vaciló.

—Fíjate que nós jugamos los quinientos francos.

Próspero vaciló más todavía.

—Y que detrás de esos quinientos francos podrían venir mil.

Próspero quedó completamente convencido.

—Seré tu criado—dijo resignadamente.

III

Comenzaron las sesiones. Vanda no se sintió decepcionada. La casa donde Miguel vivía, aunque vieja, tenía un aire de palacio. En efecto, los primeros pisos estaban habitados por familias aristocráticas. En uno de ellos vivía una condesa acompañada de numerosa servidumbre. Y era curioso ver la diferencia de trato que la portera establecía entre la aristocrática vecina y el pintor del sexto. A ella le daba cada saludo que parecía barrer el suelo con las narices. En cambio, cuando pasaba Miguel, levantaba la escoba como si quisiera barrerle la cabeza.

Por esta parte, Vanda no quedó decepcionada. Incluso pensó, al ver el carcomido escudo que había junto al ángulo superior de la puerta de entrada, si Miguel sería el hijo de algún noble caballero, descendiente de Luis XVI.

Preguntó a la portera, y la ac-

titud de ésta ya no le gustó tanto. La buena señora, al oír el nombre del pintor, puso cara de agua de carabaña y la miró de arriba abajo con un descaro inaudito.

Después levantó el brazo y contestó:

—El primer piso empezando por arriba.

Esta fué la segunda contrariedad que sufrió la gentilísima y delicada Vanda. Subir a pie hasta un sexto piso era algo que no había hecho desde que abandonó la posición humilde de Inglaterra para instalarse en París con menos vergüenza y con mucho más lujo.

Cuando llegó al estudio del pintor, la mala impresión se desvaneció nuevamente. Aquellas habitaciones tenían el sello inconfundible de la bohemia—menos mal que le dió por ver la pobreza por este lado—, y Vanda, probablemente, tenía buen recuerdo de la magnanimitad y desprecio al vil metal que distinguía a los discípulos de Verlaine. Seguramente, Vanda llevaba el propósito de sacar de aquellas sesiones mucho más de los quinientos francos que había ofrecido por el retrato. Sería la primera in-

glesa que daba dinero. Y eso nadie mejor que Miguel—tan acosado por *ingleses*—podía saberlo.

Próspero sintió que se le clavaba el aguijón de la envidia al abrir la puerta y encontrarse con aquella beldad. Indudablemente, la suerte—sólo la suerte—favorecía a Miguel, como hombre y como artista.

El era un gran escultor, el único después de Rodín, y no tenía encargos ni se presentaba a su exquisita espiritualidad una mujer tan bella, tan elegante, tan gentil como Vanda. Físicamente, se creía también bastante superior a Miguel, que apenas tenía ojos y cuya boca, en cualquier descuido, le llegaría de oreja a oreja.

Con estos antecedentes, fácilmente se comprenderá el tono empleado por Próspero cuando tuvo que dar a Miguel el tratamiento de señor.

A Beatriz, cuando se enteró, tampoco le hizo mucha gracia que Miguel tuviera que encerrarse a solas con una mujer que llevaba escrita la liviandad en el bello rostro. Pero Beatriz, cuyo corazón estaba forjado en los sufrimientos, supo callar.

Pasaron algunos días. Próspero, durante ellos, hizo todo lo posible para demostrar a Vanda que, debajo de aquel mandil, había un temperamento de artista y un espíritu superior al de Miguel, y ella, que no veía ninguna dificultad en la empresa de demostrar inclinación a dos hombres no sintiéndola por ninguno, ella que tenía la maravillosa facultad de dividir su corazón en varios pedazos para repartirlo entre sus adoradores conservando siempre entera la importante víscera, resolvió dedicar el cincuenta por ciento de sus coqueteos a Miguel y el otro cincuenta por ciento a Próspero.

Pasaron así algunos días y uno de ellos sucedió que...

Tomémoslo con calma que la cosa lo merece.

IV

Aquella mañana un visitante inesperado se había deslizado en la vieja casona de Montmartre.

Se llamaba Tomás Sebastián Anselmo Bautista Crochard, pero era

conocido por el mote más breve y pintoresco de Papá Tulipán, nombre que estaba más en consonancia con su singular aspecto de hombre que no da gran importancia a la vida.

Iba en mangas de camisa. Llevaba unas botas que habrían dado trabajo a cuatro zapateros remendones durante varias jornadas y unos pantalones cuyos flecos hubieran hecho las delicias de un gato juguetón.

Papá Tulipán tenía cara de haber cumplido ya los cincuenta. Por cierto que aquel rostro tenía la facultad de atraerse rápidamente la simpatía del que lo contemplase. Una sonrisa dulce e infantil bajo el bigote y unos ojos llenos de vivacidad.

¿Que cómo dejó pasar la atrabiliaria portera a este tipo singular y descamisado? Muy sencillo: no viéndolo entrar. Si papá Tulipán hubiera advertido la posibilidad de que le viera, no habría entrado. Papá Tulipán era enemigo *enragé* de las porteras y de las porterías. El odio que les profesaba se podía equiparar al que sentía por los gendarmes. Existen ciertos

trabajos—y el de papá Tulipán era uno de ellos—para los que la organización de las modernas sociedades representa una pejiguera.

Papá Tulipán entró en la casa y se dirigió sin vacilar al piso habitado por la condesa y deshabitado en aquel momento.

La tarde anterior, el visitante, vestido de chaqué y con un sombrero hongo que oscilaba entre el verde y el negro, había entrado en el piso y estuvo hablando con la condesa. Le dijo que era representante de un anticuario y que, enterado de que la señora condesa era una apasionada de las bellezas clásicas, quería ofrecerle algunas tablillas flamencas que por un verdadero milagro habían llegado a su poder.

La condesa, que era bastante vieja y cursi, declaró que lo flamenco la enloquecía pero que, de momento, nada podían hacer, pues aquella misma noche tenía que trasladarse con toda su servidumbre a la “finca bucólica” que poseía en la “eglógica campiña provenzal.”

Papa Tulipán exclamó:

—¡Oh, cómo envidio la suerte de la señora condesa!

Y, con el rabillo del ojo, hizo un rápido examen de cuanto le rodeaba. Papá Tulipán era un émulo de Juandi para el cálculo repentista, y, después de la ojeada general, se dijo: “De cuarenta a cincuenta mil francos: vale la pena.”

He aquí explicado el motivo de la visita de Papá Tulipán y el hecho de que, sin vacilar, se dirigiese al piso habitado por la condesa y a la razón vacío.

Papá Tulipán se lleva la mano al bolsillo y saca un precioso juego de ganzúas. Una rápida mirada a la cerradura le basta para elegir la ganzúa adecuada. Sin mirar, sólo por el tacto—cosas más difíciles hacia Jimmy Samson—introduce la ganzúa, hace con la mano algunos rápidos movimientos de prueba, se oye un chirrido y la puerta se abre.

Papá Tulipán penetra en el piso como Pedro por su casa.

* * *

Entretanto, en el estudio del piso sexto, se preparaban las cosas para recibir a Vanda.

Próspero se había puesto ya el mandil y requirió el plumero. De tan mala gana hizo las dos cosas, que él mismo, al verse por azar en el espejo, exclamó:

—¡Qué aire de idiota tengo esta mañana!

—Mejor.

—¿Cómo mejor?

—Los criados, generalmente, tienen en todo momento aire de idiota. Así estás mejor en tu papel.

Próspero le dirigió una mirada volcánica.

—Si sigues por ese camino, me temo que algún día te voy a dar con un bastidor en la cabeza.

—Ya sé que tú sólo piensas en darme en la cabeza, como buen compañero de arte. Pero es mejor que no pierdas la cabeza.

—Aquí el único que pierde la cabeza eres tú. Y es Vanda quien te la hace perder.

—Si Vanda me importara sólo un canto de uña, te habría dado el sueldo de dos meses y a estas horas estarías en la vía pública. ¿Crees que no sé que tratas de conquistarla?

A Próspero se le pusieron un poco coloradas las orejas.

—Estás muy equivocado, Miguel. Nunca me ha gustado ser plato de segunda mesa.

—Lo que tienes que hacer es acostumbrarte a tratarme siempre con el respeto que un criado debe dedicar en todo momento a su señor. Así no habrá el temor de que te equivoques cuando Vanda esté delante.

En este momento sonaron en la puerta unos golpecitos.

—Ve a abrir. Debe de ser ella. Y acuérdate de lo que te he dicho. Soy tu dueño y señor.

Próspero se le quedó mirando y lanzó esta frase histórica:

—¡Que te crees tú eso!

Fué a abrir.

Era Vanda.

V

Miguel se dirigió a la hermosa dama con un aire en el que se mezclaba la arrogancia y la cortesía versallesca. Era el recibimiento de todas las tardes.

Al pasar, Vanda había dirigido a Próspero una mirada furtiva y Miguel, que no quería líos en su casa, se vió precisado a ordenar al criado se retirara inmediatamente.

Próspero estuvo a punto de quitarse el mandil y arrojárselo al señor a la cabeza pero, pensando que su compañero era capaz de echarlo a la calle, sin darle, por supuesto, mensualidad ninguna, calló y obedeció.

Vanda empezó a quitarse el sombrero.

Miguel, que, dicho sea de paso, estaba haciendo un buñuelo más que regular donde debía hacer el retrato de Vanda, exclamó con énfasis:

—¡Pronto! Quítese usted las cosas. La inspiración me bulle. Estoy seguro de que este retrato terminará en el museo del Louvre, al lado de la Gioconda.

—Supongo que no pretenderá usted darme prisas después de haberme zampado a pie los ciento cuatro escalones de esta escalera.

—¡Oh! Mi estudio es un nido de águilas. Más bajo no podría vivir. Mi imaginación vuela tan

E L M I L L O N

alto que he de vivir cerca de las nubes para cogerla.

—¿No sería preferible que se comprara usted una escopeta?

—¡Oh, Vanda! No ironice.

—¡Bueno, bueno! Lo que hace un hombre galante es invitar a una copita a una dama que confiesa su cansancio

Miguel se quedó de piedra. ¿Una copita de qué? En el estudio no había ni siquiera agua.

—El caso es—dijo inventando una mentira heroica—que el bárbaro de Próspero acaba de volcar el armario de las bebidas y no ha quedado ni una botella para muestra.

—Todo sea por Dios... Entonces charlemos un ratito. Siéntese a mi lado.

—¡Oh, Vanda! Ya hablaremos cuando la obra esté terminada. ¿No comprende usted que así no acabaremos nunca?

Y Miguel pensaba: “...que así no cobraré nunca?”

Pero este pensamiento se estrechaba contra otro de Vanda: “Yo no suelto los quinientos francos hasta que no vea billetes de mil.”

—¡Jesús qué hombre! Es deses-

perante tratar con personas tan impacientes. ¡Si llego yo a saber que posar ante un pintor era una lata tan fenomenal!... ¡A quien se le cuente que después de varias sesiones todavía no se ha fijado en si soy bonita o fea!...

—Comprenderá usted que no esperaba su llegada para hacerse mejante descubrimiento. Bien sabe usted que es bonita y que a mí me lo parece porque no voy a ser menos que los demás. ¿Qué necesidad hay, pues, de que yo se lo diga?

Entonces Vanda se vió precisada a recurrir a procedimientos heroicos. Se levantó, se acercó a Miguel, echó hacia atrás la cabeza y el busto hacia adelante, le dirigió una mirada que era casi una puñalada y exclamó:

—¡Y si yo deseara que me lo dijeras?

Miguel no era un héroe. Por el contrario, su apasionado temperamento le empujaba a todas las flaquezas y estaba propenso a todas las tentaciones.

Miguel, esto era lo más grave, reconocía que Vanda poseía una belleza extraordinaria.

Miguel no pudo contenerse. To-

da su afectada indiferencia de hombre que ha vivido mucho se fué abajo en un instante. Dirigió a los ojos y al cuerpo de Vanda dos miradas llenas de avidez y, maquinalmente, tendió los brazos hacia aquella cintura maravillosa.

Vanda sonrió satisfecha. Veía muy cerca el triunfo. Pero ¡oh, si ella hubiera sabido que aquella victoria no iba a producirle ni siquiera para tomar el autobús!

Ya iban a unirse los labios en un beso lleno de avidez y de pasión, cuando Próspero, que había estado dando vueltas y más vueltas en el pasillo, presa de una indignación anarquista y sintiendo por su camarada un odio que le ponía ante los ojos una venda roja, tomó una rápida determinación y abrió la puerta del estudio, dispuesto a descubrir el pastel, es decir, a arrojar a su compañero el mandil a la cabeza y a explicarle a Vanda que pagaban a medias el piso y que eran dos compañeros. Además, le ofrecería hacerle un busto por doscientos cincuenta francos.

Pero al ver a Miguel y a Vanda abrazados y a punto de unir sus labios en un beso que amenazaba

ser de los de película, toda su decisión se desvaneció como el humo y sintió tan sólo un coraje más propio de un tigre que de un hombre. ¡Ni siquiera le habían oído abrir la puerta!

Esto le puso tan fuera de sí que, cogiendo el primer cacharro que halló al alcance de la mano, lo estrelló contra el suelo.

Vanda y Miguel se separaron sorprendidos. No habían tenido tiempo ni siquiera de que los labios se rozaran, y esto, unido al susto, puso a Miguel tan fuera de sí que exclamó sin poder contenerse:

—¡Está visto que tu idiotez no tiene remedio! ¿Quién te ha dado permiso para entrar sin avisar y, mucho menos, para romper los objetos de valor? ¡Largo de aquí, imbécil!

Próspero, acobardado por el tono terriblemente autoritario que Miguel acababa de emplear, se inclinó a recoger los fragmentos del "objeto de valor"—unos cuatro francos aproximadamente—y salió del estudio sin rechistar.

"Decididamente—se dijo mientras reanudaba sus paseos por el

corredor—no he nacido para héroe."

Vanda se echó a reír. Le había hecho muy poca gracia la interrupción, pero sabía que estaba más guapa cuando se reía. De modo que habría prorrumpido en carcajadas aunque le hubieran dicho que había estallado de nuevo la guerra europea.

Otra vez tuteó a Miguel y se acercó a él, coqueta y ondulante.

Otra vez los brazos del pintor se tendieron hacia su cintura.

Otra vez los labios se fueron acercando.

¡Y otra vez se oyó el ruido de la puerta!

Miguel, creyendo que volvía a ser Próspero el autor de la interrupción, volvió la cabeza y envió hacia la puerta una mirada incendiaria.

Pero esta vez, el azorado fué él, que reconoció en el visitante a Beatriz.

Llevaba la joven una americana colgada del brazo y se había quedado estupefacta ante el cuadro de

traición que se ofrecía a sus ojos.

Había llegado a tiempo de ver que Vanda y Miguel estaban abrazados y a punto de besarse. Jamás hubiera creído que su novio fuera capaz de semejante infamia.

Balbuceó Miguel, con el tono del que no sabe qué decir:

—¡Hola, Beatriz! ¿Qué quieres?

Pero la joven, en vez de contestar, dirigió a los pecadores una mirada de frío desprecio—por dentro iba la procesión—y salió del estudio sin dejar la americana.

VI

Próspero había visto entrar a Beatriz. Su deber de criado y de compañero hubiera sido detenerla, pero su estado de ánimo no era el más a propósito para impulsarle a conducirse noblemente.

Hizo como si no hubiera visto a la vecina y se alegró al pensar que por segunda vez el beso sería interrumpido.

Le sorprendió ver salir a Beatriz inmediatamente y, más aún,

al advertir que se iba enjugando los ojos como si llorase.

¿Qué habría pasado? ¿Qué habría visto Beatriz?

Sumamente intrigado, se fué tras ella y, al ver que, después de entrar, se dejaba entornada la puerta de la habitación, la empujó y penetró en la estancia.

Beatriz había arrojado la americana en un viejo sofá y se había desplomado junto a ella para llorar a sus anchas.

—¿Qué le ha pasado, vecina? ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella movió la cabeza negativamente y Próspero comenzó a entrever la causa del pequeño drama, al descubrir un retrato de Miguel clavado en la pared con cuatro tachuelas.

Se quedó un poco perplejo. Sabía que Beatriz y Miguel simpatizaban, pero ignoraba que la simpatía hubiera llegado tan lejos.

¿Qué demonio tendría Miguel para conquistarlas hasta el punto de hacerles derramar lágrimas de celos?

Picado por la curiosidad, inquirió:

—¿A qué ha ido usted a casa de Miguel?

Beatriz se enjugó una última lágrima y repuso:

—Ayer se dió un enganchón en la americana y se rompió el bolsillo. Yo se la pedí para coserla, pero no tiene compostura y se la iba a devolver. Pero...

De nuevo prorrumpió en sollozos que le impidieron continuar. Próspero preguntó:

—Le ama usted ¿verdad?

Y, como ella no le contestara porque no podía, continuó:

—Quisiera saber qué ha visto usted en él para enamorarse. No es rico, no es guapo, no es inteligente. No sé qué ven las mujeres en ese... *pintamonas*.

Y añadió con perversa intención:

—Sin embargo, todas le aman. Esa Vanda que está con él en este momento no le deja ni a sol ni a sombra. Yo creo que ya son amantes.

Beatriz se revolvió indignada.

—¿Qué me importa a mí todo eso? Me dió lástima verle la americana rota y sin tener quién se la cosiera. Eso es todo.

—No disimule usted, Beatriz.

Aquel retrato demuestra que Miguel le inspira algo más que piedad.

Al verse descubierta, el dolor de Beatriz se convirtió momentáneamente en indignación y, dirigiéndose hacia el retrato, lo arrancó, lo rompió en mil pedazos y lo arrojó al suelo.

Después volvió a desplomarse ella en el sofá para seguir llorando.

* * *

Entretanto, en el estudio, la escena amorosa entre Vanda y Miguel se había complicado.

Al ver ella el azoramiento de que el pintor daba muestras, después de la aparición de Beatriz, no pudo evitar un movimiento de despecho.

—Parece que te ha impresionado la visita de esa joven.

—¡Oh, no! —repuso Miguel sin convicción ninguna.

—Parecía muy disgustada. ¿La conoces?

—Sí.

—¿Alguna... amiguita?

—¡Oh, no! ¿Qué te has figurado?

—Entonces, alguna vecina...

—Eso es.

Vanda sonrió maliciosamente.

—Una vecina a la que tratas de conquistar...

—Te diré, Vanda.. Es que... esa muchacha y yo... somos... un *poco* novios.

Como si aquellas palabras equivalieran para ella a una despedida, Vanda se puso el sombrero.

—¿Ya te vas? ¡Pero si no hemos empezado la sesión todavía!

—Hoy no estoy para posar. Mañana será otro día.

—Bueno—dijo Miguel resignadamente—. Pero, siquiera, podemos darnos el beso por el que tanto hemos luchado.

Vanda se echó a reír, con visible satisfacción. Eso le gustaba más que la perspectiva de permanecer media hora sin moverse. Precisamente lo que más la atraía en el mundo era el movimiento.

Y volvieron a prepararse para dejar tamañitos a la pareja Garbo Gilbert.

De pronto, sonaron en la puerta tres golpes formidables.

Los dos se sobresaltaron y se separaron rápidamente.

—¡Está visto que no puede ser! —exclamó Vanda con fastidio.

—¿Quién es? —rugió Miguel napoleónicamente.

—El carnicero—repuso desde fuera una voz también bastante napoleónica.

Miguel cambió radicalmente de actitud. El león se convirtió en un insignificante conejillo de Indias. Se llevó un dedo a los labios para indicar a Vanda que callase e, imitando la voz de una mujer, contestó:

—¡El señor no está en casa!

—Pues haga el favor de decirle —contestó el carnicero—que he estado aquí para que me abone la factura, y que si no lo hace en el término de veinticuatro horas, no respondo de lo que pueda suceder.

Vanda dirigió a Miguel una mirada de extrañeza y Miguel no sabía adónde mirar.

El carnicero continuó:

—Cuando uno no tiene dinero, lo mejor que puede hacer es no comprar. No estoy dispuesto a es-

perar más tiempo. O se me paga lo que se me debe o...

—El señor pasará mañana por la carnicería—le interrumpió Miguel con su voz de falsete.

—¡Mañana! ¡Déjeme que me ría! Esta es la vigésima vez que oigo esa palabra. ¿Se cree usted que soy tonto y que no sé que esa voz de grillo sale de su garganta? Comprendo que debe de estar usted muy ocupado. En vez de encerrarse con "flores de cabaret", le convendría idear el modo de pagar sus deudas. ¡Tío frescales!

Vanda tiró del brazo de Miguel. En su mirada leyó el pintor el siguiente dilema:

—¡O le contestas tú como merece o le contesto yo!

Y Miguel se decidió a decir:

—¡Le prohíbo hablar en ese tono del señor!

—Conque me prohíbe ¿eh? Permitame que por segunda vez me carcajee. ¡Ja, ja, ja!... Bueno, ahí le dejo. Le recomiendo que no olvide lo que le he dicho. Tiene de tiempo veinticuatro horas.

Se oyeron sus pasos que se alejaban.

Miguel vió el cielo abierto. Pe-

ro se le volvió a cerrar al darse cuenta de que Vanda le dirigía una mirada de burla que podría tener para él fatales consecuencias.

—Como comprenderás —dijo tratando de justificarse—no voy a colocarme a su altura devolviéndole las groserías. No estoy acostumbrado a tratar con carniceros.

Vanda, sin dejar de sonreír burlonamente, se dirigió hacia la puerta.

—¿Te vas? ¿A qué hora vendrás mañana?

—¿Mañana? Creo que será mejor esperar a que hayas cumplido con tus acreedores. Cuando se tienen preocupaciones de esa clase no se encuentra uno en condiciones de trabajar. ¿Cómo puede brotar la inspiración cuando se espera que de un momento a otro llame el carnicero?

—Te aseguro que esto ha sido excepcional. Estoy seguro de que no volverá a repetirse. Un descuido inexplicable.

En aquel momento iba a entrar Próspero. Se dieron de manos a boca. Próspero exclamó:

—¡Oh, Vanda! Este es el momento de que le explique...

Pero Vanda se echó a reír entre burlona y desdenosa.

—No necesito explicaciones de quien lleva puesto un mandil.

Y, dejándolo plantado, se dirigió a la escalera.

Miguel había echado a correr en persecución de Vanda. Le sabía mal perder el único encargo conseguido desde que se había instalado en aquella casa, y tampoco se resignaba a quedarse sin dar el beso que Vanda le había hecho concediar.

Se encontró con Próspero, que lo detuvo.

—Toma —dijo ofreciéndole el mandil.

—¿Para qué quiero yo eso?

—Para ponértelo. Ahora te toca a ti hacer de criado.

Miguel se apoderó del mandil y se lo arrojó a la cara. Este arrebatado de indignación se había producido en él al ver que Vanda, atraída por las voces de los dos colegas, se había detenido al final del pasillo, desde donde los contemplaba acentuando el tono burlón de su sonrisa.

Miguel se fué hacia ella. Era

preciso convencerla de que debía continuarse el retrato.

Pero, al pasar por el lado de la habitación de Beatriz, la puerta se abrió y apareció la joven.

Miguel se detuvo. Miró a Beatriz y miró después a Vanda. Cada una parecía tirar de él por un lado.

Beatriz le recomendó:

—Debes tener la precaución de cerrar bien la puerta cuando recibas a tu... dueña. Así te evitarás interrupciones desagradables.

Dicho esto volvió a entrar en su habitación y cerró la puerta con escasa suavidad.

Miguel, con un movimiento casi instintivo, y sintiendo como si le arrancaran a Beatriz del corazón, se abalanzó sobre la puerta. Y tal vez Beatriz la hubiera abierto si no oyera a Vanda pronunciar esas palabras:

—¿Es así cómo me defiendes de quien me insulta? Adiós.

Entonces la atracción que sobre él ejercía la bella inglesita anuló completamente la que emanaba de Beatriz y Miguel corrió en pos de Vanda.

Cuando la alcanzó, ya estaba la dama a media escalera.

—¡Oh, Vanda!

—Es inútil...

—Pero...

En este momento, una vecina que subía la escalera, se detuvo y se encaró con Miguel.

—En vez de dar espectáculos inmorales, debía usted preocuparse de pagar lo que debe.

—Cállese, loco!

La vecina comenzó a dar voces. Vanda había bajado entretanto dos pisos más. Miguel volvió a echar a correr bajando de cuatro en cuatro.

Pero no era el simple incidente de la vecina todo lo que Miguel tenía que afrontar.

Cuando el carníero bajó, procedente del estudio del pintor, se encontró en la entrada con el carbonero, que llevaba una factura en la mano.

—Ya sé dónde va usted—le dijo—. Al sexto.

—Exactamente. ¿Cómo lo ha acertado?

—Porque de allí vengo yo. Mire.

Y le mostró su factura, tan vieja y manoseada que amenazaba romperse por todas partes.

—Ese tío es un fresco—exclamó el carbonero.

—Fresco es poco. Ese hombre se acuesta y se puede ir sobre él con esquis.

Al oír esta conversación, la lechera, que estaba a la puerta de la lechería, se sumó a los acreedores y añadió unos cuantos comentarios desagradables para Miguel. El dueño de la tienda de comestibles llegó a los pocos momentos y bastaron cinco minutos para que en el zaguán hubiera junta general de acreedores.

Después de una rápida deliberación en la que cada acreedor dedicó un par de frases ofensivas para el arte pictórico y especialmente para su cultivador del sexto piso, resolvieron esperarlo allí para no dejarlo salir sin que les abonara lo que les debía.

—Es mejor que nos ocultemos —dijo uno señalando la caseta de la portería.

Y todos se ocultaron.

Le oyeron llegar discutiendo con Vanda.

Cuando la pareja llegó al zaguán, el congreso de acreedores

dejó su refugio y se abalanzó sobre el deudor.

Le rodearon. Cada uno le mostró su factura y le dirigió una palabra desagradable.

Miguel empalideció.

Ahora sí que no había esperanzas de que Vanda volviera.

—Señores míos —balbuceó el acosado—. Pasen mañana por el estudio y, como de costumbre, se les abonará hasta el último céntimo. Ahora no es oportuno. Reparen ustedes en que no estoy solo.

—¡Oh, no, querido! —exclamó Vanda riendo perversamente—. Por mí no lo hagas... Hasta más ver.

Y se marchó, abandonándole entre la masa de acreedores.

Aun trató Miguel de seguirla, pero el carníero se lo impidió cogiéndole de un brazo.

Entonces el pintor comprendió que estaba irremisiblemente perdido. Los acreedores le miraban ferozmente, como si sintieran una sed que sólo podría saciarse bebiendo su sangre.

“Aquí no hay más que un camino—pensó Miguel—. Huir como huye el ciervo del cazador.”

Y, haciendo todo lo posible para sentirse ciervo, ganó la escalera y comenzó a subirla a grandes saltos.

Los acreedores se lanzaron furiosamente en su persecución.

VII

A todo esto papá Tulipán había comenzado a hacer un detenido registro en la vivienda de la rancia condesa.

Papá Tulipán trabajaba a sus anchas, segura la mano, alegre el semblante, seguro de que nadie había de interrumpirle porque nadie le había visto.

Sin embargo, había ocurrido algo que ponía en peligro la impunidad de Papá Tulipán.

La portera tenía una hija, Julieta, encantadora y entrometida criatura de doce años que para fisgonear se pintaba sola.

Julieta había visto cómo Papá Tulipán entraba en la casa. Julieta le siguió con prudencia detectiveca. Julieta le vió hurgar en la cerradura de la casa de la condesa y

entrar tranquilamente en el piso. Julieta, feliz de haber hecho semejante descubrimiento, demostrativo de que el espionaje particular servía para algo, se apresuró a dar la noticia a su madre.

Esta se llevó las manos a la cabeza y telefoneó sin pérdida de tiempo a la jefatura, de donde inmediatamente salió un auto cargado de gendarmes.

Llegó el auto ante la casa y la portezuela se abrió para dar paso a una docena de porras y de pitos que, en perfecta formación, se lanzaron escaleras arriba.

Papá Tulipán dió un salto al oír que golpeaban la puerta y dos saltos cuando escuchó las siguientes palabras:

—¡Abrid a la autoridad!

Naturalmente, Papá Tulipán tomó la determinación de no abrir y entonces la autoridad procedió a echar la puerta abajo.

El *investigador*, perdió un poco la serenidad. Dió una vuelta entera a la casa, vió una pequeña ventana abierta, se asomó, comprobó que la ventana daba al tejado de las casas vecinas, se sintió gato

E L M I L L O N

y saltó por aquel hueco que le brindaba la providencia.

Los gendarmes se esparcieron por toda la casa. Uno vió la ventana por donde Papá Tulipán había saltado. Se le ocurrió asomarse y distinguió al autor del atentado contra la propiedad, que iba haciendo equilibrios por los tejados.

Tocó el pito. Acudieron todos los gendarmes. Se entabló la persecución.

Y así fué cómo en aquella casa se entablaron dos persecuciones. La de los guardias que trataban de dar alcance a Papá Tulipán y la de los acreedores que pretendían echar el guante a Miguel.

* * *

Beatriz, ignorante de lo que estaba ocurriendo en aquella casa, se ocupaba en recoger los fragmentos a que había quedado reducido el retrato de Miguel.

Pasado el primer momento de desesperación, se había arrepentido de su hazaña. Ver a Miguel hecho pedazos era algo que su co-

razón no podía admitir sin sentirse despedazado también.

Una vez recogidos todos, los arregló como quien compone un rompecabezas y comenzó a sujetarlos con papel de goma.

De pronto se abrió la puerta y oyó pasos apresurados a sus espaldas.

Se volvió lanzando un grito.

Al comprobar que el violento visitante era Miguel, se le pasó el susto pero sintió, en cambio, una indignación que la hizo enrojecer.

—¿Quién le ha dado a usted permiso para entrar aquí?

—¡Por Dios, Beatriz! —imploró Miguel—. ¡No me abandones en este trance! ¡Mi vida está en peligro! ¡Me persigue una banda de antropófagos, hambrientos de carne humana!

Y, antes de que Beatriz pudiera contestar, saltó por encima de la cama de su novia y se ocultó tras ella.

En seguida llamaron a la puerta.

—¡Ahí están! ¡Esos son! No los dejes entrar, Beatriz. ¡Soy demasiado joven para morir degluido!

Beatriz se dirigió a la puerta.

La abrió. Un hombre de mirada feroz que blandía una factura, le preguntó:

—¿Ha entrado aquí ese sinvergüenza?

Beatriz le dirigió una mirada capaz de encender una hoguera.

—¡Ni aquí ha entrado ni usted es quién para venir a molestarme con esos modos!

—Es que...

Pero Beatriz le dió con la puerta en las narices sin dejarle terminar la frase.

Entretanto, Miguel había hecho un descubrimiento que le llenó de alegría.

Allí, a los mismos pies de la cama, estaba su retrato, roto en muchos pedazos, pero en reparación. Esto, a su juicio, quería decir mucho acerca de los sentimientos que Beatriz le dedicaba.

Primero, la furia ciega: le había visto abrazado a Vanda.

Después, el arrepentimiento: había comprobado que le amaba por encima de todo.

Esto unido al hecho de que Beatriz acababa de salvarle la vida, despertó en él una gratitud y una ternura tan grandes en favor de

su novia, que, cuando la puerta estuvo bien cerrada, se levantó con los brazos tendidos y exclamando:

—¡Oh, Beatriz!

Pero, contra lo que esperaba, Beatriz lo envolvió en una mirada de desprecio.

—¿Qué se ha creído usted? Salga de esta casa inmediatamente.

—Pero...

—Cree usted que he olvidado su hazaña de hace un momento?

—¿Te refieres a lo de Vanda?

—No me importa el nombre de esa rubia descarada.

—Tú lo has dicho, Beatriz. Es una rubia descarada. Pero comprende que...

—No quiero explicaciones. Largo de aquí.

—Oyeme. Es que...

—Si no sale usted de esta habitación seré yo la que me vaya.

Y como se dirigía hacia la puerta decidida a cumplir su amenaza, Miguel se tuvo que marchar.

Cuando la puerta se cerró tras él, le pareció que el corazón se le quedaba dentro de la habitación y que ésta se había convertido en una tumba.

Suspiró. "Quiero morir", murmuró quejumbrosamente.

Pero en este momento se oyó una voz en un extremo del pasillo.

—¡Allí está!

Miguel dió un brinco. Vió que la legión de acreedores se dirigía contra él, blandiendo las facturas como armas; y tuvo que echar a correr, dejando sus amarguras sentimentales para mejor ocasión.

VIII

Los que no hayan presenciado ninguna carrera de obstáculos, no podrán formarse una idea exacta de lo que entonces ocurrió en la vieja y laberíntica casa de Montmartre.

Papá Tulipán, viéndose perdido porque los gendarmes habían emprendido la persecución por los tejados, saltó por la primera ventana que se le ofreció en su camino y esta ventana resultó pertenecer al piso sexto de la casa donde Miguel tenía su estudio.

Cayó precisamente al lado de Miguel, el cual salió de estampía, tomándole por un acreedor.

Papá Tulipán echó a correr en dirección opuesta.

Uno a uno penetraron los gendarmes por la ventana y la persecución continuó cada vez más terrible y estruendosa.

Hubo un momento en que los guardias tomaron a Miguel por el ladrón, y los acreedores, para no ser menos, tomaron por el deudor a Papá Tulipán.

Parecía una carrera pedestre en la que los corredores se hubieran vuelto locos.

Papá Tulipán no sabía a ciencia cierta lo que pasaba. De lo único que no tenía duda era de que de un momento a otro iba a caer en manos de los gendarmes.

Sin saber cómo, se vió de pronto en la habitación de Beatriz.

Beatriz se asustó de tal modo que no tuvo fuerzas para gritar.

Pero Papá Tulipán la tranquilizó en seguida.

—No tema usted, angelical criatura. Sólo pretendo librarme de los guardias que me persiguen. Usted es una muchacha de buenos sentimientos y no tolerará que se lleven a este pobre viejo a la cárcel.

El tono de imploración emplea-

do por Papá Tulipán y su rostro apostólico desvanecieron inmediatamente los sentimientos de temor que habían asaltado a Beatriz.

Hasta le inspiró compasión aquel hombre de seráfica sonrisa.

—Algo habrá hecho usted para que lo persigan los guardias.

—No lo crea, hija mía. Soy aficionado a las antigüedades y estaba examinando las que la condesa guarda en su piso.

—¿La condesa? Creo que se fué anoche al campo.

—Ciertamente.

—Entonces ¿cómo ha podido usted entrar?

—Con una ganzúa.

—¡Oh!

—¡Compréndame! ¿Cómo quería que entrase si no había nadie en el piso?

Al mismo tiempo que daba esas convincentes explicaciones, se había puesto la americana que Beatriz había intentado en vano comprender y que arrojó sobre el sofá al regresar del estudio de Miguel.

—Perdóname que me tome la libertad de ponerme esta prenda. Pero, a veces, basta un pequeño detalle para despistar a la policía.

Después, su dulce mirada se posó en el piano.

—¡Oh! ¡Mi pasión favorita!— exclamó.

Y se sentó en la banqueta y comenzó a tocar un estudio de Chopin.

—Con eso y con que usted se apoye en el piano y me mire sonriente, estaré tan a salvo como si me hubiera ido al planeta Marte.

Beatriz se echó a reír. La frescura de Papá Tulipán era una frescura especial que no podía inspirar indignación a nadie.

Se apoyó en el piano y escuchó complacida el nocturno de Chopin que el pintoresco fugitivo tocaba con gran limpieza.

No tardaron en sonar en la puerta unos golpecitos de llamada.

Beatriz no contestó. Papá Tulipán siguió tocando el piano tranquilamente.

Se abrió la puerta y apareció la faz, un poco descompuesta por la fatiga, de un gendarme.

Iba a entrar con decisión policial, cuando se detuvo al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos. Papá Tulipán tocaba cada vez con más sentimiento e imitando los

gestos de Rubinstein. Beatriz le escuchaba en una especie de éxtasis.

Respetuosamente, el guardia retrocedió y volvió a cerrar la puerta muy despacito.

Guiñó un ojo a sus compañeros que le esperaban y dijo:

—Una pareja de tórtolos musicales.

* * *

Papá Tulipán dejó de tocar para envolver a Beatriz en una mirada de gratitud.

—Me ha hecho usted un favor inmenso. Si alguna vez necesita la ayuda desinteresada de un hombre agradecido, recurra a Papá Tulipán. Calle de Vieilles-Audriette, 23". Acuérdese. No lo digo como fórmula. Me gustaría poder corresponder a este enorme favor.

—Lo tendré presente.

—Y ahora, una súplica. Si me ven salir en mangas de camisa, me reconocerán inmediatamente. Permitame que me lleve esta americana.

—Si fuera mía se la daría, pero resulta que...

—¡Bah! Discúlpeme ante su dueño. No creo que tenga utilidad ninguna para él, porque hay que reconocer que no es una prenda nueva ni mucho menos.

—Desde luego, pero...

—No me diga usted que no. Papá Tulipán la necesita para asegurar su salvación. Usted, con su corazón de ángel, no puede consentir que esos energúmenos me lleven a un calabozo.

Y como Beatriz tenía realmente corazón de ángel, dejó que Papá Tulipán se llevara la americana, lo que permitió al simpático viejo salir tranquilamente por donde había entrado con tanto sigilo.

IX

Miguel había conseguido ganar la escalera. Y ya estaba a punto de ganar la calle, que para él representaba la libertad, cuando, de no sabía dónde, surgió un policía que se arrojó sobre él, le cogió fuertemente, y, una vez lo tuvo bien seguro, empezó a tocar el pito.

Todos los policías que estaban en la calle, al mismo tiempo que los que aun andaban por el piso, y a la vez también que los acreedores, afluyeron al punto donde se había lanzado la señal de alarma.

Miguel estaba tan asombrado que no sabía qué decir

—Ya tenemos al ladrón—exclamó el que lo tenía sujeto.

Y por eso sí que no pasó Miguel.

—¡Ladrón yo? ¡Retire inmediatamente esas palabras!

—¡Vámonos ya, que bastante nos ha costado cogerlo! —dijo otro de los gendarmes empujando a Miguel hacia la puerta.

—¡Oh! ¡Esto es un atropello incalificable! Me han confundido ustedes. Haré todo lo necesario para que los destituyan.

Los que le tenían cogido se quedaron un poco perplejos ante la firmeza con que hablaba Miguel.

—No disimule usted—dijo uno de ellos sin convicción—. Lo hemos cogido con las manos en la masa. Le hemos visto huir por el tejado. Usted estaba robando en esta casa.

—Todos estos señores pueden atestiguar de que yo no he entra-

do en ningún piso más que en el mío.

Los acreedores se miraron. Fué una mirada de consulta. Todos parecieron estar de acuerdo en que no era justo apoyar el equívoco con su silencio. Una cosa era llamarle sinvergüenza y otra ladrón.

Además, si se lo llevaban a la cárcel habrían perdido toda esperanza de cobrar.

Y todos aseguraron a los gendarmes que habían sufrido un error.

—¿Responden ustedes de él? —preguntó el oficial.

—Respondemos de que no es el ladrón.

Entonces el jefe dió a los gendarmes orden de que se retiraran.

—Por lo visto—dijo—el pájaro se nos ha escapado. Pero no hay que apurarse. Cogeremos otro antes de volver a la jefatura y así nos justificaremos.

Miguel volvió a quedar a solas con los acreedores.

Paseó una mirada llena de dignidad por el círculo que formaban a su alrededor y dijo con énfasis:

—Señores: acaban de demostrarme ustedes que son unos caba-

E L M I L L O N

lleros. Yo sabré corresponder como merecen.

Dió media vuelta para volver al estudio, pero la mano del carnicero se lo impidió, sujetándole por un brazo:

—¡Oiga, oiga! ¿A dónde va usted?

—Con el permiso de ustedes voy a descansar un rato.

—¡Nada de eso, pollo! —replicó el carbonero.

—Usted va a pagarnos inmediatamente—dijo otro acreedor.

—¡Ni más ni menos! —aseguró otra voz.

Y, con cada nueva voz, una nueva mano avanzaba hacia él y le agitaba violentamente.

—¡Caramba, señores! —exclamó Miguel con el tono del que está cargado de razón—. Comprendan ustedes que en este momento me es imposible. No dispongo de dinero. Mañana...

Al oír esta palabra, tantas veces repetida en ocasiones semejantes, los acreedores acabaron de perder el sentido humanitario y veinte puños avanzaron hacia las narices del deudor.

—¡Usted nos ha de pagar inme-

diatamente! —rugió el de los comestibles.

—¡No sé cómo!

—¡O nos paga usted o nos cobramos!

—Pero...

—Nada. Es nuestra última palabra.

—¿Nos paga usted? A la una.

—¡Conteste! —dijo la lechera cogiéndole por las solapas.

—Pues bien: no.

—A las dos, ¿nos paga usted?

—No.

—A las tres, ¿nos paga usted?

Y ya iba Miguel a lanzar la tercera negativa, mientras los acreedores se disponían a convertirlo en harina, cuando, procedente de la puerta, se oyó un magnífico:

—Sí!

Fué como el do de pecho de un divo.

Todos los acreedores dirigieron una mirada al umbral y vieron que asomaba el rostro demudado de Próspero.

Jadeaba. Blandía un periódico en una mano.

—¡Uno de los dos es millonario! —exclamó gastando las pocas fuerzas que le quedaban.

Y se desplomó en brazos de Miguel.

La lengua se le salía de la boca.

—Este hombre viene corriendo lo menos desde Turquía—dijo uno de los acreedores.

Miguel agitó a Próspero.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué significa eso de que uno de los dos es millonario?

Hubo una pausa angustiosa.

Por fin Próspero pudo hablar:

—Que nos ha tocado la lotería holandesa. Uno de los dos billetes que compramos ha obtenido el primer premio.

—Pero ¿cuál de los dos? ¿El tuyo o el mío?

—Eso es lo que no sé. El premiado es el 27.009. El otro, el 27.008 sólo tiene aproximación. Pero ¿quién juega el 27.009? Eso es lo que no sé.

—Creo que lo apuntamos.

—En efecto, pero yo he buscado en mi cuaderno de notas y no lo he visto. Sin duda lo apuntaste tú.

—Es verdad. Fuí yo. Ahora me acuerdo.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, donde guardaba

el cuaderno de notas, pero antes de sacarlo, dijo a Próspero:

—Tengo una idea. El premio es un millón ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien. Si quieras, vamos a partir. Tanto si te ha tocado a ti como si me ha tocado a mí, nos repartiremos el millón.

—¿Repartir yo mi millón contigo?

—Si te ha tocado, sí.

—Ah, no! De ningún modo.

—Perfectamente. Entonces el millón será para el que le haya tocado.

—Ni más ni menos.

—Ni menos ni más.

Miguel sacó el cuaderno. Con mano trémula empezó a pasar hojas.

Por fin se detuvo.

—Aquí está.

Y tapó la anotación con la mano como si no tuviera valor para verlo.

Fué descubriendo el apunte poco a poco.

Apareció la primera línea.

“Próspero... 27.008.”

Lanzó un grito triunfal y descubrió la segunda línea.

“Miguel... 27.009.”

—¡Yo, yo!—exclamó dando un tremendo salto.

Próspero le quitó el cuaderno.

Al comprobar la espantosa verdad se desplomó en brazos del carnicero.

Entonces el carbonero se apoderó del periódico y del *block* de notas.

—¡Es verdad!—exclamó con asombro.

Y entregó los comprobantes a la lechera, quien, después de consultarlos, los traspasó a otro acreedor.

Todos iban comprobando la feliz verdad y todos lanzaban exclamaciones de júbilo y sorpresa.

Parecía como si la lotería les hubiera tocado a todos.

X

—Supongo, señores—dijo Miguel—que ahora sí que me creerán si les digo que mañana...

—Ya lo creo!

—No faltaba más!

—Estamos a sus órdenes.

—Sin embargo...

Todos se volvieron al que había lanzado aquel “sin embargo” incomprensible.

—Sin embargo, ¿qué?

—Pues que el billete podría estar falsificado. No sería la primera vez que...

—Comprendo—dijo Miguel—. Usted quiere ver el billete para convencerse de que soy su poseedor y de que, en efecto, tengo un millón de francos.

—No es que dude...

—Pero si es muy natural!... Yo estoy en el mismo caso que ustedes. Necesito ver el billete para convencerme de que soy millonario. ¿Tienen la bondad de subir y lo veremos?

—Como usted guste, don Miguel.

—Usted manda, don Miguel.

—No faltaría más, don Miguel. Empezaron a subir.

Miguel se quedó el último, pero el que iba delante le cedió el sitio como prueba de respeto y consideración. A los pocos escalones hizo lo mismo el que había quedado delante de Miguel y en seguida le imitó el que ocupaba el lugar si-

guiente en la fila, y el otro y el otro, de modo que cuando llegaron al quinto piso Miguel iba delante de todos.

Fué una ascensión muy distinta a la que hicieron antes cuando iban en persecución del deudor fugitivo.

Entraron en el estudio. Todos habían adoptado una actitud tan respetuosa como si estuvieran en un templo y porque al huevero se le había olvidado quitarse la gorra estuvieron a punto de lincharlo.

—Tengan la bondad de sentarse, señores. En seguida tendré el gusto de mostrarles el billete para tranquilidad de ustedes y mía.

Se dirigió al pupitre y comenzó a buscar entre los papeles.

El billete no apareció por ninguna parte.

Se quedó pensativo.

—¿Dónde demonio lo habré puesto?

Y, de súbito, una exclamación de alegría.

—¡Ah, sí! Recuerdo perfectamente que lo llevaba en el bolsillo de la americana que se llevó Beatriz para componerme... ¡Un mi-

nuto, señores! Soy con ustedes en seguida.

—Por nosotros no tenga prisa, don Miguel.

—Estamos perfectamente en este ambiente delicioso, empapado de arte.

Miguel salió al pasillo gritando:

—¡Beatriz! ¡Beatriz!

Golpeó la puerta. Suavemente primero, con violencia después.

Nada. No contestaban.

De pronto, recordó que aquella era la hora en que Beatriz tenía ensayo y volvió al estudio.

—Señores, yo lo siento mucho pero ha surgido una pequeña dificultad. La americana en cuyo bolsillo está el billete se halla en una habitación cuya dueña ha salido.

Rumores.

—Pero no hay nada que temer. Esa persona es de toda confianza. Voy a buscarla en seguida. Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta. Ustedes entretanto, para no aburrirse, pueden tomar una copita.

Al comprobar que todas las botellas estaban vacías, exclamó:

—¡Caramba! Está visto que hoy no nos ha de salir nada a de-



Sumamente intrigado, se fué tras ella.



Cayó precisamente al lado de Miguel.



5

— Señores, yo lo siento mucho, pero ha surgido una pequeña dificultad.



... Beatriz estaba ensayando.



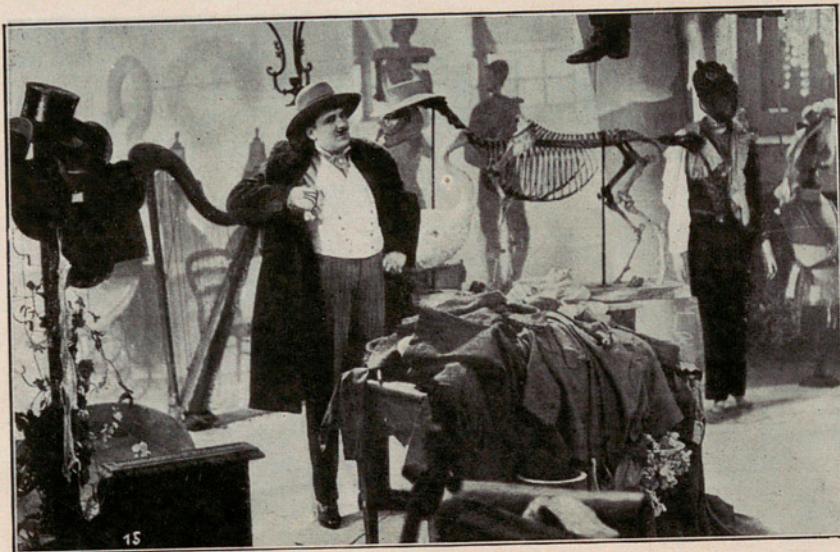
... Vanda, después de oír la noticia del millón...

34

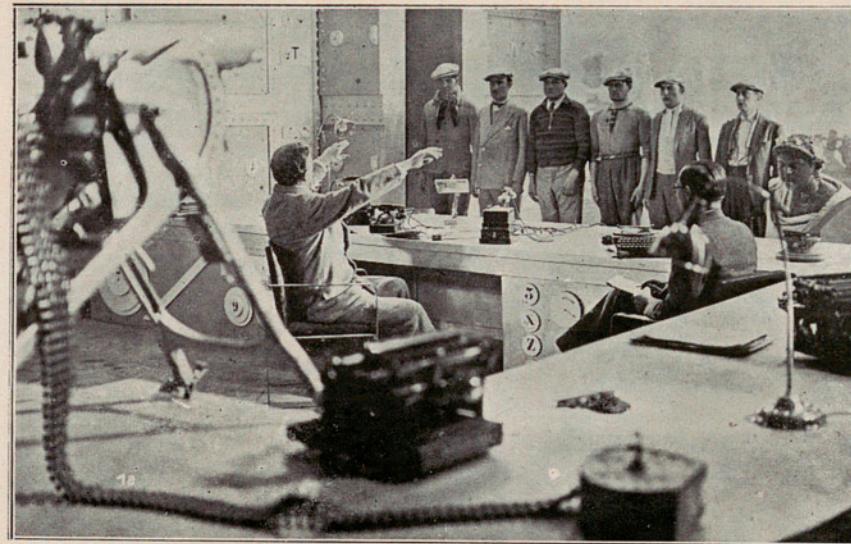


Se cruzó con Vanda, que le dirigió una mirada retadora.

35



— ¡Ah de la casa!



... y aparecieron en correcta formación seis individuos...



— ¿Quién es usted?



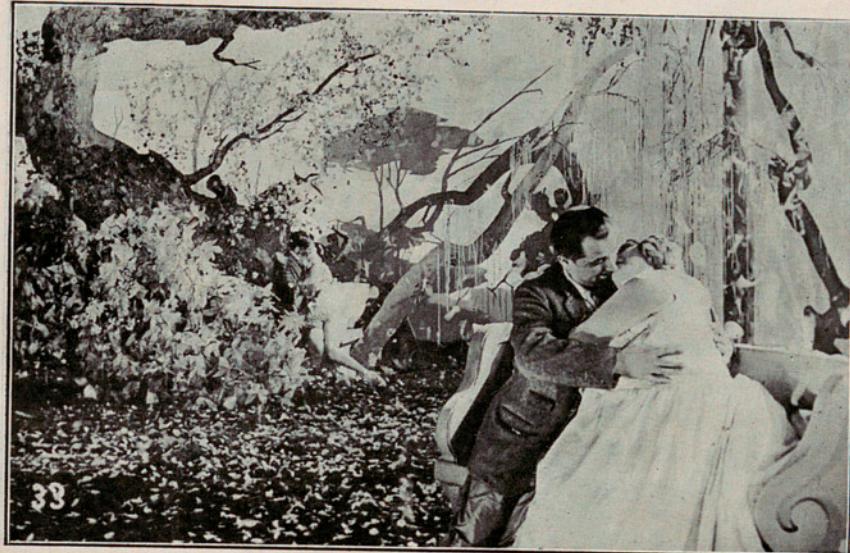
Se dirigió en busca de Vanda y la puso al corriente de todo.



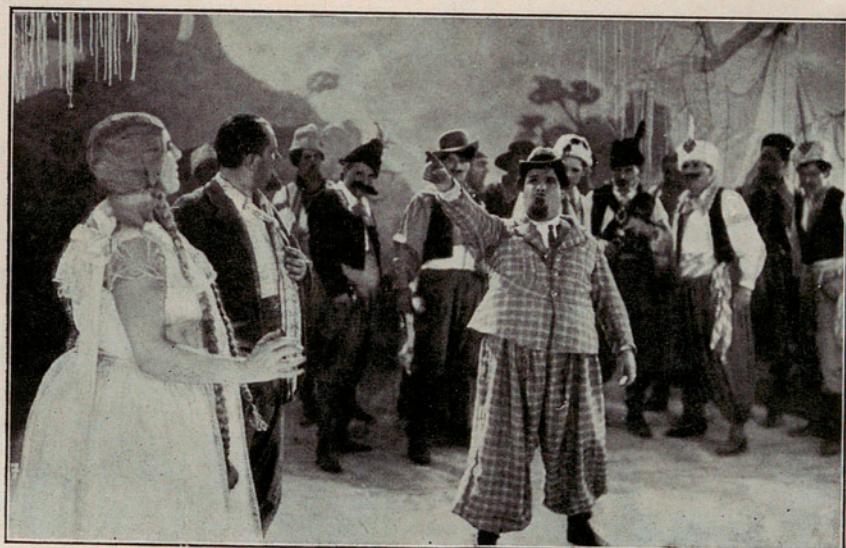
Hubo un momento en que amargos remordimientos asaltaron a Próspero.



... y se desmayó en brazos del director.



Y, ausentes de todo cuanto les rodeaba...



El barítono, después de lanzar algunos rugidos que aaronaron el teatro...



... y éste aceptó el reto.



Y, como no tenía bastante con eso, abrazó y besó a Beatriz.

E L M I L L O N

rechas. Da la casualidad de que se han terminado los licores.

—Por eso no se preocupe, don Miguel—dijo un acreedor—. Tengo en mi tienda toda clase de bebidas y están a su entera disposición.

—Lo mismo que mis pasteles.

—¡Oh! — exclamó Miguel—. Ya que ustedes son tan amables, hagan el favor de subir algo para no aburrirse durante la espera... Hasta luego, señores.

—Usted siga bien, don Miguel.

—Por nosotros no tenga prisa.

—Sabe que estamos a sus órdenes.

—Y que nuestro único deseo es servirle.

—Adiós, adiós.

Salió a la calle corriendo, en busca de un taxi.

Cuando lo encontró y fué a subir, se quedó con el pie en el estribo.

¿Era prudente que abandonara la casa donde estaba su billete, es decir, su millón?

Después de pensarla mucho, decidió quedarse y encargar al chofer que trajera a casa a Beatriz. Así lo hizo. Volvió al estudio. Ya

estaban los acreedores enredados con los pasteles y con el vino de Burdeos.

Miguel les dirigió una mirada de gran señor y se dirigió a la escalera. No estaría tranquilo hasta que no viera aparecer en la puerta a Beatriz.

Había bastado que Miguel estuviera ausente unos minutos para que Próspero telefoneara a Vanda comunicándole la noticia y, de paso, para darle las explicaciones que antes no quiso escuchar.

Pero Vanda, después de oír la noticia del millón, colgó el auricular y se apresuró a dirigirse a casa de Miguel, dispuesta a subir sin descansar hasta el sexto piso.

XI

Cuando el chofer llegó al teatro de la Opera, Beatriz estaba ensayando.

Preguntó por ella al maestro de baile y éste le recomendó que esperara un momento.

—Es una noticia urgentísima. Me han dicho que la lleve a casa

inmediatamente—replicó el chofer.

—No hay más remedio que esperar a que termine el número.

Menos mal que terminó en seguida.

El chofer, que, dicho sea de paso, era bastante bruto, se abalanzó sobre ella, le transmitió el encargo y trató de llevársela al auto con el traje de baile.

Después de una lucha violenta, Beatriz consiguió le permitiera cambiarse de ropa.

Unos segundos después, el auto se lanzó por las calles de París dando sustos a los ciudadanos pacíficos.

* * *

Miguel notó que le daban un golpecito en la espalda.

Al volverse y ver que era Vanda, sintió una mezcla de inquietud y alegría. Inquietud porque Beatriz estaba a punto de llegar y alegría por la concesión que aquella visita significaba. Hubiera sido preciso ser el casto José para despreciar a la encantadora inglesita de cabellos de oro.

—He venido para que continuemos la sesión—mintió ella—. Y, de paso, para ver si terminamos lo que hemos dejado a medias.

Miguel comprendió que se refería al beso y se alegró como el niño al que prometen comprar un juguete.

—Pero ¿qué ruido es ese?—preguntó.

—Son todos los que antes me acosaban, Vanda. Están celebrando un feliz acontecimiento. Me ha tocado un millón en la lotería holandesa.

—¡Oh! Es asombroso... Supongo que lo celebraremos.

—Ya lo creo... Pero ahora voy a suplicarte que te vayas. Han surgido ciertos pequeños inconvenientes que es preciso solucionar. Esta noche, cuando esté todo arreglado, iré a visitarte. Así estaremos más tranquilos.

Vanda, convencida por tan atinados razonamientos, comenzó a bajar la escalera, mientras Miguel volvía al estudio.

Quedó muy sorprendido al entrar. En el estudio había mucha gente nueva. Y hasta un fotógrafo que le suplicó le permitiera im-

E L M I L L O N

presionar unas placas de su feliz efigie.

El vinillo había empezado a caldear los ánimos y Miguel se sintió arrastrado delante de la máquina fotográfica.

Al mismo tiempo, Beatriz, jadeante, subía la escalera. Se cruzó con Vanda que le dirigió una mirada retadora, pero no estaba para entretenerte y continuó corriendo hasta llegar al estudio.

Iba a funcionar el disparador de la cámara fotográfica, cuando apareció Beatriz en el umbral.

Miguel se abalanzó sobre ella sin hacer caso a los gritos del fotógrafo, que no había tenido tiempo de impresionar la placa.

—¡Soy millonario, Beatriz! ¡Soy millonario!

—¿Eh?

—¡Sí, soy millonario! Y el millón lo tienes tú. Vamos a tu casa.

—Pero...

—¡No hay momento que perder! Beatriz!

Beatriz estaba como quien ve visiones. Se sentía empujada por Miguel. Maquinalmente, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de su habitación.

Miguel entró como un rayo.

Buscó por todas partes.

—¡Mi americana! ¿Dónde está mi americana?

—¿Qué americana?

—La que te trajiste para coser el bolsillo.

—¿Para qué laquieres?—inquirió Beatriz un poco azorada.

—¿Cómo que para qué laquiero? Pues para coger el billete que está en el bolsillo.

—¡Oh, Miguel!—exclamó la joven empalideciendo.

—¿Qué?

—Que no tengo la americana.

—¿Qué has hecho de ella?

—La he regalado.

—¡La débâcle!

* * *

Hubo una pausa angustiosa.

Miguel se había desplomado en el sofá.

Beatriz hizo lo mismo. Y Próspero, que acababa de llegar, los imitó a los dos.

—Pero ¿a quién se la diste?

—No sé. Era un desconocido.

—¡Oh!

—Pero ni siquiera te dió su nombre?

—Sí.

—¿Cuál?

—No sé. He intentado en vano recordarlo.

—Estamos perdidos!

En este momento llamaron a la puerta.

Era uno de los acreedores que iba a decir a Miguel que le esperaban los invitados.

—No puedo ir.

A Próspero no le pareció bien la negativa.

—Por qué no has de ir?—le preguntó en voz baja.

—No puedo representar una comedia encontrándome en este desplorable estado de ánimo.

El acreedor se había marchado ya.

Próspero, que sentía un confuso deseo de quedarse a solas con Beatriz, le empujó hacia la puerta al mismo tiempo que le decía:

—Es preciso que te hagas el ánimo. No estás completamente perdido. Aun hay esperanzas. Pero, sobre todo, tienes que ocultar a esos energúmenos la verdad de lo que sucede. Se creerían que los

has engañado y serían capaces de comérsete crudo.

Miguel se dirigió maquinalmente al estudio.

Julita, la hija de la portera, le salió al encuentro con un ramo de flores y, antes de que Miguel lo pudiera evitar, le recitó unos versos que comenzaban así:

*“En nombre de todos los vecinos,
orgullosos de conocer a un millonario...”*

Miguel no oyó los versos, pero, cuando recibió el ramo de flores de manos de Julita, le dió las gracias y un beso en cada carrillo.

—Son unos versos preciosos—dijo maquinalmente.

Después oyó la voz del fotógrafo.

Entre el carnicero, el zapatero y el huevero le colocaron ante la máquina obligándole a conservar el ramo de flores en la mano.

El fotógrafo exclamó:

—Así, así está perfectamente.

No se mueva. Sonría un poco.

—No se moleste. Estoy bien así.

—Es preciso que sonría. De lo contrario, no habría medio de hacer creer a la gente que es usted un millonario.

E L M I L L O N

Miguel sonrió, es decir, intentó sonreír y le salió una mueca indefinible. El fotógrafo hizo por fin el disparo.

XIII

Próspero, entretanto, no perdía el tiempo.

Apenas quedó a solas con Beatriz, le preguntó:

—Pero ¿no recuerda usted ni siquiera aproximadamente el nombre?

—No recuerdo lo más mínimo.

—Inténtelo. Reconcéntrese. Vaya pensando nombres y cuando dé con alguno que le parezca se dará usted cuenta y eso la ayudará a recordar.

—Beatriz se reconcentró.

—¡Ah!—exclamó de pronto. Ya lo voy recordando. Era un nombre de flor.

—¿Usted ve? No hace falta más que un poco de paciencia. ¿Ha dicho usted de flor? ¿No será Margarita?

—Sería el primer hombre que se llamara así.

—Es verdad.

Y comenzó a pensar nombres de flores que pudieran aplicarse a personas.

No encontraba ninguno. Pero, por si acaso, apuntó:

—¿Acaso Geranio?

—No, no es nada de eso.

—¡Oh!—se lamentó Próspero mirando hacia la puerta. Me parece que no va a haber tiempo.

Pero, de pronto, exclamó Beatriz:

—Ya lo tengo!

—Gracias a Dios!

—Se llamaba Papá Tulipán.

—Magnífico! Ya hemos adelantado algo.

Se oyeron en este momento los pasos de Miguel y Próspero fué a su encuentro. Sin duda quería hablar con él sin que Beatriz oyera la conversación.

—Oye, Miguel. Voy a hacerte una proposición. Si yo encontrara el billete, ¿me darías la mitad del premio?

Miguel le miró con extrañeza.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

—¿Sabes algo?

—No sé nada. Pero estoy deci-

dido a buscar y revolveré cielo y tierra si tú me prometes repartir el premio conmigo.

Miguel pensó que más valía medio millón que nada e hizo la promesa sin dificultad.

No dió importancia al hecho de que Próspero echara a correr escaleras abajo y entró en el departamento de Beatriz, para volver a dejarse caer, pensativo, en el sofá.

Hubo una pausa y tras ella suspiró Miguel:

—Está visto que no tenemos suerte. ¡Un millón! Con lo bien que nos hubiera venido para casarnos!

Beatriz se revolvió airada.

—¿Casarnos? ¿Pretendes que haya olvidado lo sucedido?

—Pero...

—¡Entre nosotros todo ha terminado!

El tono enérgico empleado por Beatriz dejó a Miguel perplejo.

Hubo una pausa y, durante ella, Miguel descubrió su retrato, con los trozos perfectamente unidos y clavado en el testero principal de la habitación.

Sonrió con ternura. Beatriz, al darse cuenta del descubrimiento

realizado por Miguel, corrió hacia el retrato y lo arrancó con un gesto violento e iracundo.

—Pero ¿por qué has de ser así? —dijo Miguel con tono de dulce imploración.

—Déjame, Miguel—repuso ella rechazándole—. Más valiera que pensaras en el modo de recuperar el billete antes de que sea demasiado tarde.

—¡Bah! Eso ya está perdido.

—Próspero no es de la misma opinión.

—Próspero está loco.

—Realmente, Papá Tulipán no es un nombre corriente.

—¿Papá Tulipán? ¿Quién es ese hombre?

—El que tiene la americana. ¿No te lo ha dicho Próspero cuando habéis hablado hace un momento?

—¡Ah, bandido!

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Próspero.

—Ahora comprendo por qué me ha hecho prometerle que le daría medio millón si encontraba el billete!

—¡Oh! Estás perdido si no obras rápidamente.

—Sí, sí; pero ¡si supieras aun-

que sólo fuese el barrio donde vive!...

—El caso es que me dijo la calle: Vieilles...

El semblante de Beatriz se iluminó de pronto. He aquí que ahora, cuando no había puesto empeño ninguno en recordar las señas, le habían venido al pensamiento sin la menor dificultad.

—¡Ya me acuerdo! ¡Ya me acuerdo! —exclamó trémula de emoción y de alegría. “Vieilles-Audriettes, 23.”

—¡Oh, Beatriz! ¡Estamos salvados! —exclamó Miguel.

Abrazó un tanto violentamente a su novia y salió de estampía.

XIV

Cuando Papá Tulipán salió de la casa donde vivía el pintor, se dirigió sin vacilar al barrio donde tenía su “almacén de antigüedades”, que este nombre daba a un miserable cuchitril lleno de trastos viejos que poseía en la calle de Vieilles-Audriettes, 23.

Todo iba bien, cuando creyó ad-

vertir que le seguían. Varias veces se volvió y pudo comprobar que, en efecto, el presunto perseguidor iba por su mismo camino.

“¿Será un policía”, se preguntó Papá Tulipán, que en todas partes creía ver a los temibles representantes de la ley.

El desconocido iba vestido con elegancia un poco estrambótica y lucía unos bigotes de guías verticales que casi le llegaban a los ojos.

A la puerta del “almacén de antigüedades” Papá Tulipán se detuvo. Miró hacia atrás y vió que el estrambótico tipo se acercaba.

No cabía duda. Era un policía.

Papá Tulipán se quitó la americana y la arrojó sobre una mesa llena de trastos viejos. Un individuo de jeta bastante patibularia había salido a recibirla.

—¿Alguna novedad, jefe?

—Sí. Me siguen. Ocultémonos.

Papá Tulipán se parapetó detrás de un maniquí vestido al estilo renacimiento.

Entró el extraño personaje.

—¡Ah de la casa! —exclamó.

Y procedió a examinar la americana que Papá Tulipán acababa de

arrojar sobre la vieja mesa llena de trastos.

El anticuario empuñó su revólver y preguntó con voz amenazadora:

—¿Quién es usted?

El visitante, al ver el brumoso cañón que asomaba junto a la cintura del maniquí, dió un salto más que regular y dijo con voz trémula:

—Soy Sopranelli, tenor del teatro de la Ópera.

—Haga el favor de demostrarlo. Cante.

—Pero...

—Cante o dispara!

—Está bien, está bien. ¿Qué quiere usted que cante?

—Cualquier cosa. El *Alirón*, por ejemplo. Me da lo mismo.

El tenor comenzó a cantar. Al primer sí natural que atacó, Papá Tulipán le escuchó con asombro, y quedó completamente convencido de que era un cantante de ópera cuando, a consecuencia de un formidable calderón, capaz de despertar al *De la Barca*, se estrelló contra el suelo una lámpara de cristales. Se guardó el revólver y se dispuso a servir al cliente.

También salió de su escondrijo el cómplice de Papá Tulipán.

—¿Qué desea? —preguntó éste.

El tenor cogió la americana que ya había examinado.

—Esta americana. He de cantar “Los Vagabundos” y la necesito.

No discutió el precio. Tenía prisas por salir de aquella casa en la que se le había dispensado un recibimiento tan... original

Cogió la americana, saludó con toda ceremonia y se fué.

Apenas había traspuesto el umbral, el cómplice de Papá Tulipán exclamó irónicamente:

—¡No ha perdido el viaje!

Y mostraba a su jefe un magnífico reloj con su correspondiente cadena.

—¿Cuándo se lo has quitado?

—No se lo puedo precisar, jefe.

El caso es que lo he quitado.

Papá Tulipán guardó el reloj en un cajón y dijo al compañero.

—Vamos abajo. Hemos de tratar algunos asuntos importantes.

* * *

Como hemos dicho, Miguel salió de estampía de la casa.

Pero una férrea mano le detuvo.

—¡Gracias a Dios que le veo, señor! ¿No se acuerda de mí?

Miguel recordaba vagamente aquella cara.

—Soy el chofer que hace dos horas ha cumplido su encargo—dijo el individuo de férrea mirada.

—Ah, sí! Usted es quien ha traído a la señorita Beatriz del teatro, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿Dónde tiene el coche?

—Mírelo. Allí está.

—Pues me viene que ni pintado. Lléveme a la calle de Vieilles-Audriettes, 23

—Señor... es que el taxi corre.

—Pues aun ha de correr mucho más, porque tengo prisa.

Se metió en el coche.

—¡Aprisa!

Y el taxi partió velozmente. A los ruidos del motor se sumaban las murmuraciones del chofer.

* * *

Entró como una tromba en el almacén de antigüedades.

Comenzó a dar gritos. Acudió el dueño.

—¿Dónde está Papá Tulipán?

—Servidor.

Miguel se abalanzó sobre él ávidamente.

—¡Usted es mi padre!

Papá Tulipán se quedó estupefacto.

—¿Qué dice usted?

—Haga el favor de devolverme la americana.

—¿Qué americana?

—La que le ha entregado una joven en una casa de Montmartre.

—Yo soy el dueño de ella! ¡Me hace mucha falta!

—¡Caramba, sí que lo siento!

—exclamó Papá Tulipán sinceramente contrariado—. Acabo de venderla.

—¡Fatalidad!

—Si quiere usted, le daré otra americana completamente nueva.

—¡Oh, no! La que necesito es esa precisamente. La que usted ha vendido... Pero ¿a quién?

—A un tenor. Es un excelente cantante de ópera. Como yo llevaba puesta la americana y a él le ha parecido a propósito para un papel que tiene que representar, me

ha seguido y la ha comprado.

—Pero ¿cómo se llama?

—Eso sí que no se lo puedo decir aunque ha dado su nombre. ¿Lo recuerdas tú?

La pregunta iba dirigida al secretario.

—No tengo la menor idea— contestó éste—. Todo lo que recuerdo es que ha dicho que mañana parte para América.

—Para América? — exclamó Miguel, desolado—. Desgraciadamente, estoy perdido. Bien podía habersele ocurrido marcharse a Fontainebleau, que está más cerca.

—¡Calle usted! Tengo una idea. El tenor se ha dejado aquí su reloj. Acaso esté su nombre grabado en la tapa. Es una costumbre muy frecuente.

Sacó el reloj del cajón donde lo había guardado y se lo entregó a Miguel, que empezó a darle vueltas entre sus trémulas manos.

Entretanto, el cómplice se había situado en la puerta para vigilar y Papá Tulipán le vió entrar apresuradamente para comunicarle por señas que llegaba la policía.

—Aquí está el nombre! —ex-

clamó Miguel entusiasmado—, “Ambrosio Sopranelli.”

Pero Papá Tulipán no estaba ya para ocuparse de aquel asunto.

—¡Un momento, querido amigo! Quédese usted aquí. Busque bien. Acaso encuentre algún otro detalle interesante abriendo la tapa posterior. Vuelvo en seguida.

Y Papá Tulipán y su *secretario* abrieron la puerta de un armario y desaparecieron tras ella.

Miguel no les había visto marchar, tan absorto estaba en el examen del reloj, con la esperanza de encontrar nuevos detalles.

De pronto, se sintió cogido por ambos brazos.

—¡Ya lo tenemos!

Se vió rodeado de policías, uno de los cuales le quitó el reloj de las manos.

—Este es precisamente el objeto que hemos venido a buscar. Venga usted con nosotros, querido señor.

—¿Otra vez? ¡Esto es demasiado! Hoy la policía de París se ha vuelto loca. ¡Ustedes me han confundido!

—Eso lo explicará usted en la comisaría.

Y se lo llevaron a rastras.

Al verle salir, el chofer se abalanzó sobre él.

—Haga el favor de pagarme, señor. El taxi sube ya noventa francos.

—¿Pagarle? ¡No sé de dónde! —repuso Miguel después de palparse los bolsillos.

El chofer pidió justicia a los gendarmes.

—Venga usted a la comisaría— dijo el inspector—. Allí se solucionará todo.

El chofer estaba a punto de echarse a llorar. Pensaba en sus hijos, en lo cara que estaba la vida. Y, profiriendo lamentaciones entre dientes, siguió al detenido hasta la comisaría.

XV

Papá Tulipán y su ayudante habían apartado los vestidos que ocultaban el fondo del armario. Oprimieron un resorte y el fondo del mueble se abrió.

Una escalerilla. Bajaron. Se encontraron en una sala espaciosa,

especie de departamento de oficina montado con todos los adelantos modernos: máquinas de escribir y de calcular, cajas de caudales, teléfonos.

Papá Tulipán se sentó en una regia mesa, digna del director de un banco, hizo sonar un timbre y aparecieron en correcta formación seis individuos a los que dijo con voz autoritaria:

—Muchachos, se ha presentado un interesante trabajo para esta noche. Hay que recuperar una americana que, por lo que se ve, debe de contener algo bueno. La americana está en poder de un tal Sopranelli, tenor de ópera. La cosa es bien sencilla. Nos enteraremos del teatro donde trabaja el tal Sopranelli y tomaremos un palco. Lo demás será sumamente fácil. El caso es que hay que recuperar esa americana. ¿Entendidos?

—Sí, jefe—respondieron todos con precisión cronométrica.

—Pues media vuelta a la derecha. ¡Mar!

* * *

Miguel había entrado en la comisaría dando voces.

El secretario, un hombre seco, rígido y empachado de legalidad, le dirigió una mirada penetrante.

—¿Quién es usted?

Miguel dió su nombre y aprovechó la oportunidad para hacer constar su protesta por el atropello cometido en su persona.

—Todo eso sobra—dijo el ríguroso secretario—. Limítese a contestar a mis preguntas. ¿Domicilio?

Miguel lo dió y añadió que iba en busca de su americana cuando la policía le sorprendió, tomándole sin duda por otro.

—No me importa nada de eso. Muéstreme los documentos que identifiquen su personalidad.

—Pero ¿cómo he de mostrárselos si están en la americana que busco?

—Entonces no puedo creer que sea usted la persona que ha dicho.

—La americana...

—Dejemos la americana. Déme una prueba de identidad.

—Puedo presentarle cien mil personas que saben quién soy.

—Me basta con una.

—Pues bien, que llamen a mi compañero de vivienda y trabajo.

Y dió el nombre de Próspero.

—Siéntese usted—dijo entonces el secretario.

—El caso es que...

—¡He dicho que se siente!

Próspero se sentó. Entonces se dió cuenta de que en la comisaría había otro detenido. Un tipo raro, vestido bastante pobemente y con un sombrerito que no encajaba en su cabeza. El ordenanza de la comisaría había entablado una lucha a muerte con aquel sombrero. Cada vez que pasaba por el lado del exótico tipo se lo quitaba de la cabeza y lo depositaba en el banco. Pero el dueño del sombrero se lo volvía a poner con un gesto lleno de naturalidad.

De pronto, conducido por una pareja de gendarmes, entró en la comisaría otro tipo más raro todavía. Por toda indumentaria, llevaba unos pantaloncillos de boxeador y un sombrero hongo.

El secretario le miró con estupor.

—¿Quién es usted?

Y el recién llegado repuso sin darle importancia:

—Jesucristo - Alejandro - César Napoleón. Edad, 2.274 años. Sin

E L M I L L O N

domicilio, porque acabo de llegar a la tierra para salvar a la humanidad.

—Perfectamente—dijo el secretario un tanto inquieto—. Puede usted sentarse.

Y Jesucristo se sentó al otro lado de Miguel.

* * *

Entró el chofer para explicar al secretario lo ocurrido con el taxi.

—¡Ciento sesenta y cuatro francos, señor! ¡Y tengo tres hijos!

—Nadie le ha preguntado a usted nada—contestó el secretario—. Aquí sólo habla el que es interrogado.

Y, con el mango de la pluma, le indicó el camino de la puerta.

Con el chofer se cruzó un caballero vestido con elegancia llamativa.

Se abalanzó sobre el secretario.

—¿Han encontrado ustedes mi reloj? He de partir mañana para América. ¡Oh, es un recuerdo que de ningún modo quiero perder!

—Un momento, señor. Vayamos por partes. ¿Cómo se llama usted?

—Ambrosio Soprani, tenor de ópera.

—Perfectamente. ¿Sospechaba usted de alguien?

—Ya lo dije por teléfono. He estado en la tienda de un tal Papá Tulipán para comprar una americana. Allí había un tipo cuya cara no me gustaba.

—Pues bien—contestó el secretario con énfasis—. Aquí tiene usted su reloj. Eso para que se diga que la policía francesa no es activa.

Soprani comenzó a proferir exageradas palabras de gratitud. Miguel había seguido la escena tan lleno de estupefacción, que ni siquiera podía articular palabra. Por fin, y viendo que Soprani se disponía a marcharse, saltó sobre él como un tigre.

—¡Usted es el que tiene mi americana! Démela. La necesito.

Soprani dió un salto.

—¡Caramba! ¡Qué susto me ha dado usted! No le conozco, joven.

—Usted ha adquirido este mediodía una americana que me pertenece.

—¡Poco a poco! La americana me pertenece a mí porque la he comprado. En cuanto al reloj...

—Perdón, señores.

Todos se volvieron. Era *Jesucristo*. Se había acercado a la mesa del secretario y dijo con gran convicción:

—La americana es mía. El reloj es mío. Todo es mío. Basta mirarme para comprenderlo.

—Usted lo que ha de hacer es sentarse —dijo enérgicamente el secretario.

—Con mucho gusto.

Sopranelli se desprendió de los brazos de Miguel y se dirigió a la puerta. Miguel trató de seguirle, pero los brazos de varios gendarmes lo detuvieron.

Entró en este momento Próspero. El pintor lanzó una exclamación de alegría.

—¡Llegas a tiempo, Próspero! ¡Ese que acaba de salir es el que tiene la americana! Es tenor. Trabaja en un teatro de París. Se llama Sopranelli! ¡Corre tras él!

Próspero, sorprendido, tuvo un momento de vacilación, pero en seguida se dispuso a ir en pos de Sopranelli.

Los gendarmes lo detuvieron.

—Primero habrá de cruzar us-

ted unas palabras con el secretario.

—¡Ya lo creo que las cruzará! —exclamó Miguel. ¡Ahora sabrán ustedes quién soy yo!

—Usted se calla! —ordenó el secretario—. Ya hablará cuando se le pregunte.

Y añadió encarándose con Próspero:

—¿Conoce usted a este señor?

—No me explico por qué me han traído ustedes aquí... Estaba tan tranquilo en mi casa, cuando...

—Conteste a lo que se le pregunta. ¿Conoce usted a este señor o no lo conoce?

Pero Próspero mostraba una extraña reserva.

Entonces, el tipo del sombrero, se levantó, se acercó a la mesa del secretario, se descubrió por primera vez voluntariamente y dijo muy serio:

—No, señor. No lo conozco.

—Cállese!

—Gracias.

Y, volviendo a colocarse el sombrero sobre la coronilla, se sentó.

—Bueno —exclamó el secretario dirigiéndose a Próspero—. Con-

teste usted sí o no. ¿Conoce a este individuo?

Entonces sucedió algo catastrófico.

Próspero miró a Miguel de arriba abajo y contestó fríamente:

—No, señor. No le conozco.

* * *

Próspero formó rápidamente sus planes. Se dirigió en busca de Vanda y la puso al corriente de todo. Ella, como mujer, podría llegar con más facilidad hasta Sopranelli para registrar los bolsillos de la vieja americana.

Hubo un momento en que amargos remordimientos asaltaron a Próspero, pero las caricias de Vanda le hicieron olvidar y se pusieron rápidamente de acuerdo.

* * *

Ya había perdido Miguel toda esperanza, cuando oyó gran confusión de voces en la comisaría.

Eran los acreedores. Al ir la policía en busca de Próspero, se habían enterado de lo ocurrido a Miguel. Su deseo fué trasladarse inmediatamente a la comisaría, pero el escultor les convenció de que no

XVI

—Puede usted retirarse —dijo el secretario—. Es todo lo que quería saber.

Próspero se dispuso a retirarse, pero Miguel, que se había quedado como el que ve visiones, se abalanzó sobre él.

—Te has vuelto loco, Próspero? ¿Qué pretendes diciendo esa terrible mentira?

Próspero miró a su alrededor y, al comprobar que nadie se preocupaba de ellos, contestó en voz baja:

—Es muy sencillo. Así seré yo quien encuentre el billete y tendrás que darme medio millón.

—Ah, bandido!

Pero ya los gendarmes habían cogido a Miguel del brazo y, en

era necesario. Con uno que fuera a identificarle bastaba. Esperaron y, en vista de que ni Miguel ni Próspero regresaban, se dirigieron a la comisaría para averiguar lo ocurrido.

Se enteraron de que Miguel estaba en el calabozo y entonces se produjo el tumulto que llegó a oídos del desdichado.

Todos respondieron de él y entonces el secretario tuvo que rendirse.

—Que lo pongan en libertad—ordenó a un policía.

Y éste, asomándose al pasillo que conducía a los calabozos, transmitió la orden al carcelero.

Salió el detenido y los acreedores lo sacaron en hombros de la comisaría, al mismo tiempo que atronaban el espacio con sus gritos.

—¡Viva nuestro millonario!

—¡¡¡Viva!!!

El chofer lanzó un grito patético al ver salir a Miguel.

—¡Mis hijos, señor! ¡El taxi marca 200 francos!

Lo de los doscientos francos hizo volver al pintor a la realidad.

—Un momento, señores—exclamó dirigiéndose a los que le vitoreaban—. He de recuperar mi americana. No hay tiempo que perder. Vayan a casa y espérenme allí. Pueden seguir bebiendo, comiendo y divirtiéndose. Antes de media hora estaré de vuelta.

Todos se fueron cantando una marcha militar.

Miguel y el chofer quedaron frente a frente.

El pintor subió al taxi.

—Al teatro de la Opera—ordenó con energía.

El chofer le dirigió una mirada angustiosa.

—Son doscientos francos, señor.

—Si quiere usted cobrar ha de ayudarme a recuperar la americana.

—Tengo hijos, señor...

—Y yo un millón dentro de esa americana. ¡Al teatro de la Opera!

El chofer suspiró:

—Vamos allá. ¡Qué remedio!

XVII

En aquel momento estaba Sopranielli maquillándose para el pri-

mer número del espectáculo. Este consistía en una romanía en dúo con la tiple, un acto de los "Vagabundos" y otro de "Fausto".

Próspero y Vanda habían conseguido entrar en el escenario aprovechando una distracción del portero.

Próspero intentó hablar con el tenor, pero le fué imposible. La vieja criada de Sopranielli tenía orden de no dejar entrar a nadie en el camerino.

Entonces Próspero decidió dejar el asunto en manos de Vanda y fué en su busca.

Entretanto, el tenor recibía a dos americanas portadoras de un ramo de flores y tan feas como ricas.

Al comprobar su fealdad, Sopranielli procuró quitárselas cuanto antes de encima y, entonces, la que llevaba el ramo de flores le propuso:

—¿Quiere quedarse con el ramo o prefiere que se lo lance al escenario?

—Es una buena idea—repuso entusiasmado Sopranielli—. Arrójemelo usted al final del acto de los "Vagabundos". Mida bien la

distancia para que caiga a mis pies. Entretanto, quedo yo a los suyos.

La americana del ramo dió un suspiro y contestó:

—Descuide, maestro.

Inmediatamente, llegó Vanda, haciendo pasar por una entusiasta de Sopranielli, el cual, al verla tan linda, le permitió entrar e incluso la trató amablemente, cosa que el divo no hacía con todas.

Convinieron en verse al final del espectáculo. Vanda abrió la puerta para salir, pero, al comprobar que Sopranielli, absorto en la tarea de maquillarse, no la veía, se ocultó detrás de una cortina y cerró la puerta. Por el ruido que ésta produjo, el divo creyó que la visitante se había marchado y comenzó a preparar su garganta dando *soles, las y sis*.

Entretanto, Miguel, que también había conseguido entrar en el escenario, se había encontrado con Beatriz, que estaba ya vestida para salir a escena. La joven se sorprendió mucho al verlo allí y él le explicó en dos palabras lo ocurrido.

—Ese Próspero es un sinver-

güenza—fue el comentario de Beatriz.

—Tienes razón, pero no es hora de formar juicios sobre las personas. Es preciso que lleguemos al camerino de Sopranelli.

—Yo entraré. A mí me recibirá más fácilmente que a ti.

Se dirigió al cuarto del tenor y, como Vanda, halló el paso franco. Es decir, más que Vanda, porque Sopranelli se dijo que la corista era mucho más bonita que la dama extranjera.

Le dirigió algunas galanterías mientras se maquillaba e incluso la invitó a sentarse.

Beatriz le contestó que era el mejor tenor del mundo y que había soñado varias veces con él y se sentó al lado de la perchta, donde había visto colgada la americana.

Disimuladamente, dirigió la mano al bolsillo, al mismo tiempo que de detrás de la cortina salía otra, la de Vanda, que se dirigía también hacia el bolsillo de la prenda. Como ninguna de las dos miraba lo que hacía, pues una estaba pendiente de los gestos del tenor y la otra estaba cubierta por la cortina, no se dieron cuenta de la coin-

cidencia hasta que las manos se encontraron.

Beatriz lanzó un grito de sorpresa.

Sopranelli se volvió.

—¿Qué le ha pasado?

—No, nada. Es que esta noche estoy un poco nerviosa.

—Todas las muchachas lindas son un poco nerviosillas. Bueno, haga el favor de darme esa americana.

Beatriz le ayudó a ponérsela e intentó varias veces introducir su mano en el bolsillo sin lograrlo.

El tenor la citó para cuando terminara el espectáculo y salió apresuradamente, pues acababa de llamarlo el traspunte.

Entonces salió Vanda de detrás de la cortina. Entre ella y Beatriz se cruzaron algunas palabras desagradables y Vanda terminó saliendo precipitadamente del camerino y cerrando con llave la puerta.

Beatriz quedó encerrada y la inglesa sonrió ante la facilidad con que había suprimido aquella rivalidad peligrosa.

Fué en busca de Próspero para ponerle al corriente de lo ocurrido y apenas hubieron cruzado las pri-

meras palabras, Vanda vió que el rostro de su amigo y cómplice se transfiguraba.

Era que acababa de ver a Miguel, el cual, cansado de esperar, se dirigía al camerino de Sopranelli para ver cómo había quedado Beatriz.

Miguel dirigió a Próspero una mirada tan llena de fuerza que éste, acobardado, fué retrocediendo, seguido por su enemigo, hasta llegar al camerino de la tiple donde se metió sin darse cuenta.

Entonces Miguel con súbita inspiración, cerró la puerta y dió dos vueltas a la llave.

Después se encaró con Vanda.

—¿De modo que eres su cómplice?

Ella, viendo que el millón se inclinaba de parte de Miguel, procedió a darle toda clase de explicaciones y, como tenía recursos más que sobrados para convencer a un hombre, o cuando menos, para hacerle ver la conveniencia de dejarse convencer, Beatriz, que acababa de salir del cuarto de Sopranelli gracias a la llegada de la vieja fámla, se los encontró en una actitud sumamente sospecho-

sa. Vanda había cogido el brazo de Miguel y le murmuraba las disculpas al oído.

Beatriz, sintiéndose nuevamente engañada, dirigió a Miguel algunas palabras duras y, para darle celos, depositó algunos besos en las mejillas de un abonado que acertó a pasar por allí.

Miguel dió un salto felino, arrancó a Beatriz de los brazos del caballero y lanzó media docena de insultos y una bofetada al abonado, lo que dió a Beatriz ocasión para huir.

El pintor echó a correr tras ella. Tan ciega y azorada iba la joven, que se ocultó en el escenario, entre los mil obstáculos que allí había.

Pero Miguel la había visto ocultarse y se dirigió hacia ella sin vacilar.

Hubo una breve lucha y, de pronto, vieron aterrados que se levantaba el telón.

Entretanto había ocurrido un incidente en el camerino de la tiple.

Se dirigía en compañía del di-

rector a su cuarto, cuando al abrirlo, Próspero salió como habría salido un toro del toril, y la dama, que era muy asustadiza, se desmayó en brazos del director.

Para comprender toda la intensidad de este pequeño drama, basta con saber que la tiple media más de dos metros y pesaba más de ciento veinte kilos. En cambio, el director, era un verdadero pígemeo. De modo que, al desmayarse aquélla en brazos de éste, rodaron los dos por el suelo y el director estuvo a punto de morir aplastado.

Desde entonces, el pequeño director se convirtió en un detective para perseguir a Próspero, el cual había huído con la velocidad de la liebre, y, si cesó un momento en la persecución, fué para advertir a Sopranelli que se había puesto la americana correspondiente al acto de los vagabundos, cuando lo que ahora tenía que cantar era una elegante romanza.

Pero no había tiempo para remediar el mal. El telón se estaba levantando y Sopranelli tuvo que salir a escena acompañado de la tiple que acababa de llegar en aquel momento.

Entonces se dió cuenta el director de una nueva catástrofe. En escena había un joven y una joven discutiendo acaloradamente.

Comenzó a dar voces. Miguel y Beatriz comprobaron horrorizados lo que sucedía y, al advertir que estaban al lado de un macizo de flores, es decir, de un trozo de cartón colocado en posición vertical que imitaba un macizo, se refugiaron tras él, mientras el tenor y la tiple llegaban majestuosamente hasta el banco que ocupaba el centro de la escena.

Como el macizo media escasamente metro y medio de altura y otro tanto de ancho y como el director les pedía, por señas, con ojos desorbitados, que se agachasen porque se les veía la cabeza por encima de las flores, se dejaron caer sentados y se estrecharon uno contra otro.

—¡Buena la hemos hecho! —dijo Beatriz, no olvidando que pertenecía a la compañía y lo más probable sería que la despidieran.

Miguel fué a contestarle, pero vió que el director hacía gestos desesperados para imponerles silencio.

Callaron. Miguel se dió cuenta de que Beatriz estaba tan cerca de él que los dos cuerpos se confundían en una sola forma. Además, Beatriz no podría marcharse aunque quisiera. Esto le produjo una alegría inmensa que le hizo olvidar el problema de la americana, del millón y de los acreedores. En el fondo, Beatriz sentía algo semejante, pero tenía buen cuidado en no demostrarlo. No en balde era mujer.

Comenzó la música. El tenor y la tiple empezaron a bordar su romanza de amor. Miguel y Beatriz se sintieron envueltos en aquella melodía. Y, ausentes de todo cuanto les rodeaba, se dejaron llevar de sus emociones.

Sopranelli cantó:

*Por fin estamos solos esta noche.
Todo duerme ahora sobre la tierra.
Estamos solos bajo el negro cielo,
sentados en el viejo banco de piedra.*

Miguel señaló a Beatriz el cielo estrellado, la luna, las flores, todo cartón, papel y madera, pero que a ellos les parecía una hermosa realidad.

Podemos por fin hablar libremente...

—¿Puedo? —pareció preguntar Miguel con la mirada.

Y, del mismo modo, pareció Beatriz contestar:

—Yo no puedo impedirlo.

*Lejos de los hombres, de los ruidos de la
ciudad.*

*Qué tristeza roe tu pensamiento?
Oh, amor mío! ¿Te he ofendido yo?
Perdóname. Advierte mi dolor.*

La mimica de Miguel completaba estas palabras que Beatriz recogió como si fueran pronunciadas por él. Pero Vanda no se apartaba de su pensamiento. No podía perdonar. Así se lo demostró volviéndole la espalda, pero sólo a medias, porque no había detrás del macizo lugar para más.

*Sí, mi desesperación es inmensa.
Nada consolará mi corazón.
Tú no me amas y yo sí que te amo.
No des oídos a tu corazón celoso.
Yo te amo y a tus pies estoy.*

Y Miguel casi se arrodilló a los pies de Beatriz, cuya resistencia se debilitaba por momentos.

*Estamos solos en el bosque.
Aprovechemos esta hora bendita.
Dame tu mano sin temor...*

Miguel se apoderó de la mano

de Beatriz que no tuvo tiempo ni valor para evitarlo.

...para que permanezca unida a la mía,

Y Miguel besó ávidamente aquella mano. La tiple cantó:

¡Oh! No tengo valor para resistir.
Siempre me siento débil cuando estoy
[junto a ti.

Déjame leer en tus ojos
que tu amor vuelve a mí.

La miró Miguel para que ella pudiera leer en sus ojos. Beatriz, completamente vencida, apoyó su cabeza en el hombro de él y se dejó abrazar y acariciar.

Olvídemos las penas pasadas.
Olvídemos los tristes pensamientos.
La primavera es una lluvia de flores
que hacen florecer tus cabellos.

En efecto, desde lo alto del escenario caía una lluvia de blancos pétalos. Eran papeles que arrojaba un tramoyista a manos llenas, pero a Miguel y Beatriz les parecieron pétalos de verdad.

El amor sonríe sobre nuestras desdichas.
Y el céfiro, en la noche pura,
se lleva nuestros aientos unidos
hacia infinitos horizontes.
Estamos solos en el bosque
que nos procura la fortuna
cuando el oro del cielo aparece

resbalando sobre un rayo de luna.
Hasta el suelo desciende la caricia del [cielo.
La noche guarda nuestro secreto en su [corazón.
Mecidos por el amor eterno,
estamos solos en el bosque.

Estalló una salva de aplausos. El tenor y la tiple se habían abrazado teatralmente. Y, en compensación de esta falsedad escénica, Miguel, loco de alegría, había cogido la cabeza de Beatriz y llenaba de besos el amado rostro.

Ya había caído el telón y continuaba Miguel sus vehementes demostraciones de afecto en la persona de Beatriz.

Sólo cuando un árbol se levantó con ruido de papeles y crujidos de madera, volvieron a la realidad.

XVIII

Cuando el telón volvió a caer, la única preocupación de Miguel y Beatriz fué ponerse a salvo de las iras del director; lo que sólo consiguieron gracias a que Próspero se cruzó en su camino y emprendió la persecución de éste con-

trale que abrigaba un deseo de venganza más profundo.

Cada uno había echado a correr por una parte y, mientras Miguel conseguía ocultarse detrás de unos bastidores viejos que había en un rincón del escenario, Beatriz tenía un encuentro sorprendente en el pasillo.

De uno de los cuartos de los artistas salió un caballero elegantemente vestido que, al verla, la detuvo con un gesto lleno de alegría.

—¡Caramba! ¿Usted por aquí?

Beatriz se le quedó mirando, extrañada.

—No le conozco a usted.

—Pero ¿de veras no me conoce? ¿No se acuerda usted de Papá Tulipán?

Beatriz lanzó una exclamación de asombro y otra de alegría. Aquella, al ver el cambio que de la noche a la mañana había experimentado Papá Tulipán; ésta, porque esperaba encontrar en él una buena ayuda.

—¡Oh, Papá Tulipán! ¿Usted recuerda lo que me ofreció? Usted me dijo: "Cuando necesite la

ayuda desinteresada de un hombre, búsqüeme."

—Y sostengo mi palabra.

—Entonces, ha llegado ese momento. Devuélvame la americana que le di.

—Es notable—comentó de buen humor Papá Tulipán—el juego que está dando una simple americana.

—¿Lo hará usted?

—Voy a serle franco. Ya lo estaba haciendo. Pero, en vista del interés que tiene usted por recuperar esa prenda, pondré tanto empeño en la empresa, que puedo asegurarle que la tendrá.

—¡Oh, gracias, Papá Tulipán!

—Vaya usted tranquila. Cueste lo que cueste, tendrá usted la americana. Papá Tulipán no es de los que olvidan los favores que le hacen.

Apenas Beatriz, después de repetir las gracias, desapareció por un extremo del pasillo, Papá Tulipán se llevó los dedos a la boca, lanzó un silbido y, como por arte de magia, de cada cuarto salió un hombre que se cuadró militarmente ante el anticuario.

Papá Tulipán se limitó a dar al-

gunas órdenes, breves, enérgicas. Era una banda bien organizada y aleccionada, que no necesitaba explicaciones para cumplir los mandatos de su jefe.

Entretanto, el telón se había levantado para dar comienzo al acto de los Vagabundos.

Después de un solo de tenor, el coro se preparó para salir y, Miguel por un lado y Próspero por otro, tuvieron la misma ocurrencia.

Se sumaron a las filas de los coristas y salieron a escena abriendo y cerrando la boca para hacer ver que cantaban.

Cuando el director se dió cuenta de ello, se llevó las manos a la cabeza y empezó a patalear como un niño. Iba de un bastidor a otro, asomando la cabeza por entre los bastidores y amenazándoles con los puños.

Llegó el momento culminante de la obra. El barítono, después de lanzar algunos rugidos que atoraron el teatro, dió una bofetada al tenor y éste aceptó el reto.

Para batirse con más soltura, Sopranelli se quitó la americana y la arrojó a los pies de los coristas, al mismo tiempo que lanzaba media docena de notas mediante las que dijo al barítono que se lo iba a comer crudo, o algo parecido.

Próspero por un lado y Miguel por otro, se abalanzaron sobre la prenda y la cogieron cada uno por una manga. Comenzaron a dar tirones para ver cuál de los dos se la llevaba, pero en este momento, el barítono, que pesaba lo suyo y acababa de recibir una puñalada trapera del tenor, cayó sobre la americana y Próspero se quedó con una manga en la mano y Miguel con la otra.

Se llevaron al barítono y los coros se retiraron cantando dramáticamente.

Este fué el momento que Próspero y Miguel quisieron aprovechar para apoderarse de la americana, pero el jefe de coros, que estaba bien enterado de la necesidad de que la americana quedara allí para la escena siguiente, les dió a cada uno un empujón, a consecuencia del cual Próspero salió

por un lado del escenario y Miguel por el otro.

Entonces sólo pudieron preocuparse de ponerse a salvo de las iras del director y se repitieron las carreras pedestres, mientras el tenor volvía a escena cantando una dulce melodía que atrajo a la tiple como la luz a la mariposa.

Al ver llegar a su amada, el tenor recogió la americana del suelo y se la puso. Se oyeron algunas cercajadas en el público y la misma tiple tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la risa al darse cuenta de que la americana no tenía mangas.

Por fin se dió cuenta el propio Sopranelli y ello le puso tan nervioso que le echó a perder la romanza.

Para colmo de desdichas, al terminar el acto, la americana que había quedado en arrojarle el ramo de flores, midió mal la distancia y, después de quitar los lentes a un espectador que estaba sentado detrás de ella, hizo el lanzamiento con tan mala fortuna, que el tenor recibió el ramo en las nárrices.

Sopranelli tuvo voluntad suficiente para disimular y, entre los aplausos del público, entregó el ramo de flores a la tiple con un gesto lleno de galantería.

Cayó inmediatamente el telón y entonces Sopranelli cambió radicalmente de actitud. Arrancó el ramo a la tiple y le dirigió tres o cuatro insultos feroces. Con alguien se tenía que desahogar.

Pero el telón volvía a levantarse y Sopranelli devolvió el ramo a la tiple y comenzó a sonreír y a repartir reverencias a derecha e izquierda.

Por fin, cayó el telón definitivamente.

XIX

Lo primero que hizo Sopranelli fué quitarse aquella americana que había sido la principal causante de su ridículo, y con ella al brazo, se dirigió a su camerino profiriendo palabras que tenían cierta semejanza con los petardos. Encargó a la vieja fámula le cosiera las mangas en un momento y, ya es-

taban casi cosidas, cuando Próspero se apoderó de la prenda.

Pero los de la banda vigilaban y en seguida surgió el oportuno que arrebató a Próspero la americana en menos tiempo del que se emplea para contarla.

Intervino Miguel abalanzándose sobre el ladrón, pero éste arrojó la prenda a un compañero.

Se estableció una lucha epopéyica. Todos los que estaban interesados en recuperar aquella americana se la disputaban encarnizadamente.

Volaba la prenda de un lado a otro. De vez en cuando, volaba también alguna persona que se lanzaba sobre ella como quien se tira a nadar. Puñetazos, gritos, chichones a granel.

Y, de pronto, lo inesperado. La americana salió por una ventana y Miguel se asomó con la suficiente rapidez para ver qué había caído sobre el techo de un auto que iba calle arriba velozmente y doblaba por la primera bocacalle.

—¡Todo está perdido!—exclamó el pintor.

Algo parecido murmuró Próspero y una cosa así dijeron los de la banda.

—¡Malditos!—exclamó Miguel.

Beatriz y Miguel salieron lentamente del teatro, al mismo tiempo que un taxi se detenía ante la puerta. El chofer se apeó y se abalanzó sobre Miguel.

—¡Mi dinero, señor! mi dinero!

Miguel le miró estúpidamente y, no encontrando mejor solución para aquel nuevo problema que se le presentaba, abrió la portezuela y entró en el taxi después de hacer subir a Beatriz. Así, cuando menos, tendría tiempo para pensar qué podía hacer para pagar a aquel hombre.

Dió las señas del estudio y el auto partió al mismo tiempo que uno de los de la banda descubrió que la codiciada prenda se hallaba sobre el techo del taxi que acababa de partir.

Inmediatamente, tomaron un auto y se lanzaron en persecución del taxi.

Ya estaban llegando a la estrecha calle de Montmartre, cuando Miguel vió que algo así como un

trapo viejo colgaba junto al cristal de la ventanilla.

Cuando el auto se detuvo porque habían llegado y Miguel examinó lo que pendía del techo, estuvo a punto de desmayarse.

—¡La americana!—exclamó.

—Es inexplicable—dijo Beatriz radiante de alegría.

—Inexplicable, no—replicó Miguel—. El taxi estaba dando vueltas porque no les dejan estar parados a la puerta del teatro. Por eso nosotros le hemos visto desaparecer por la primera bocacalle y llegar por el otro lado cuando salímos.

Y preguntó al chofer, que estaba estupefacto ante la súbita alegría de que daban muestras los viajeros:

—¿Verdad?

—En efecto. Estaba dando vueltas a la manzana. Pero...

No tuvo tiempo de terminar la frase. En este momento, otro auto se detuvo cerca de ellos y de él bajaron tres individuos de la banda que dieron la voz de “¡Manos arriba!”

Le quitaron inmediatamente la

americana y desaparecieron a cién por hora.

Miguel ordenó al chofer:

—¡Sígales!

Pero el chofer se sentó en el estribo y dijo con decisión napoleónica:

—Esto se ha terminado. Si quiere usted que siga, págüeme los cuatrocientos francos que marca el taxi.

—¡Por favor!—imploró Miguel.

—De ningún modo. Ni un céntimo más ni un minuto más.

Y Beatriz suspiró:

—Ahora sí que está todo perdido.

—Dios sabe dónde estarán ya los atracadores!

Se cogieron del brazo y se dirigieron a la casa, seguidos por el chofer, que en vano trataba de enterñecerles nombrándoles a sus hijos.

Cuando entraron en el estudio, estalló una salva de aplausos y se oyó el grito de “¡Vivan los novios!”

Estúpidamente, Miguel dirigió una mirada en torno suyo y vió

que todo estaba adornado con guirnaldas y colgaduras.

—Una nueva cuenta—pensó—. Uno más que se queda sin cobrar.

—¡Silencio!—dijo una voz—. ¡Que hable don Miguel!

Se hizo el silencio y el pintor miró con angustia a un lado y a otro. “¡Si vosotros supierais lo que os voy a decir!”, pensó.

Y, haciéndose el ánimo, empezó de este modo:

—Queridos vecinos, amigos y acreedores... Tengo que daros una noticia muy importante. El caso es que... No, no... Es decir... Bueno, verán ustedes. Cuanto antes lo sepan, mejor. Resulta que el billete...

Antes de que pudiera terminar la frase, alguien abrió la puerta y dijo:

—Buenas noches.

Todos se volvieron. Beatriz lanzó un grito de esperanza:

—Papá Tulipán!

Por toda respuesta, Papá Tulipán le entregó una pequeña sombrerera.

Y Beatriz, al mismo tiempo que la abría, exclamó:

—¡La americana!

—¡El billete!—gritó Miguel.

Y todos se agruparon en torno de la mágica cajita.

Avidamente, Beatriz y Miguel registraron los bolsillos. Pero allí no había nada. Sus rostros se ensombrecieron.

—Pero ¿y el billete?

—Pero ¿y el billete?—exclamó Beatriz desolada, dirigiéndose a Papá Tulipán.

—¿Qué billete?

—¿Qué billete ha de ser? ¡El de la lotería! ¡El premiado con un millón! ¡El que estaba en un bolso de la americana!

—Pero eso no es lo que usted me había pedido, hija mía—dijo Papá Tulipán cachazudamente—. Usted me pidió la americana y yo la americana la he traído. Entendámonos. ¿Qué es lo que usted quiere? ¿El billete o la americana?

—¡El billete!

—Pues aquí lo tiene usted.

Y Papá Tulipán sacó la cartera y extrajo de ella el billete premiado.

Los ojos de Beatriz y de Miguel se posaron en el papel ávidamente.

—Sí! ¡Era el billete premiado!

Y Miguel, levantando el papel, gritó:

—¡Hurra!

Y, como no tenía bastante con eso, abrazó y besó a Beatriz, para terminar de expresar su júbilo.

El billete corrió de mano en mano y todos los allí presentes, sin excluir al chofer, estuvieron de acuerdo en que la fiesta debía continuar.

Y continuó, ahora con más entusiasmo que nunca.

* * *

Cuando Papá Tulipán, que no era otro el narrador, terminó de

contar la extraordinaria historia a los que se habían asomado al tragaluz, les preguntó:

—¿No les parece, señores míos, que tenemos motivos para estar contentos?

Los de arriba se miraron y uno de ellos contestó por los dos:

—Sin duda.

—Entonces, lo que han de hacer ustedes es bajar y tomar parte en la fiesta.

Y bajaron.

Amanecía y aun continuaba la fiesta. Fué, para Miguel y Beatriz, un día de agitación y felicidad que no podrían olvidar nunca...

FIN

Estando muy próximo a terminarse el nuevo Catálogo general de EDICIONES BISTAGNE, sírvase pedírnoslo y se lo mandaremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar. + La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona. + Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo. + Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur. + El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos. + Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara. + El Capitán Sorrell. + El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona. + Dos Amantes. + El Príncipe estudiante. + Ana Karenina. + El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas. + Cuatro hijos. + El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle. + La última cita.—El enemigo.—Amantes. + Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga. + La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore. + La Actriz.—Mister Wu. = Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones. + La melodía del amor.—Cristina, la Holandesita. + Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas. + La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros. + El conde de Montecristo. + La mujer ligera. + Virgenes modernas. + El Pagano de Tahití. + Estrellas dichosas. + Esto es el cielo. + La senda del 98. + Espejismos. + Evangeline. + Orquídeas salvajes. + El caballero. = Egoísmo.—La Máscara del Diablo. + El pan nuestro de cada día. + Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación. + La pecadora.—El beso. + Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa. + El precio de un beso. + La rapsodia del recuerdo.—Delicatessen.—Del mismo barro. + Estrellados.—Cuatro de Infantería. Olimpia. = Monsieur Sans Gène. + Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor. Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen! + Prim. = El presidio. + Romance. + El gran charco. + Tempestad. + El Dios del Mar. + Anne Christie.—Sevilla de mis amores. + Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular). + La incorregible.—El malo. + El pavo real.—Bajo los techos de París. + Wu-li-Chang. + Montecarlo. + Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya! + La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora. + Amanecer de amor. + El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión. + La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda. + Petit Café. + Hay que casar al Príncipe. + Inspiración. + El proceso de Mary Dugan. + En cada puerto un amor. + Marruecos. + ¿Conoces a tu mujer? !

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

El sensacional asunto

LA MUJER X

(Producción totalmente hablada en español)

Intérpretes: **María Ladrón de Guevara, Rafael Rivelles, José Crespo, etc.**

¡La novela que nadie dejará de leer y conservar para releerla mil veces!

Edición extraordinaria, al precio popular de siempre: **1 peseta**

Es un film de la METRO-GOLDWYN-MAYER

En breve:

TRADER HORN (EL AVENTURERO HORN)

El milagro de la METRO-GOLDWYN-MAYER

¡Más grande que BEN-HUR!

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídanosla y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

Acaba de aparecer con gran éxito:

¿Conoces a tu mujer?

Hablada en español por

**Carmen Larrabeiti, Rafael Rivelles, Manuel
Arbó, Miguel Ligero, Ana María Custodio, etc.**

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

¡NOVEDAD! Fotografía en colores de

JOSÉ MOJICA

en papel couché superior y pegada a cartón,
formando así un verdadero cuadro

Pídala a su librero ¡Venta enorme! Precio: 30 cts.

Se está agotando la quinta edición de la nueva

BIOGRAFÍA-INTERVIU de

JOSÉ MOJICA

Con letra de las canciones: El precio de un beso, Ladrón de amor
y Hay que casar al Príncipe. Precio: 50 cts.

Éxito de la colección
de asuntos rusos

EL FILM RUSO

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El
pueblo del pecado, El espía, La danza roja y Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

No deje de adquirir:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura
Postal-regalo en bicolor. Precio popular: 30 cts.

€ B

Precio: Una peseta